BOLSILIBROS BRUGUERA

la conquista del ESPACIO

EL MUNDO QUE NUNCA EXISTIO

CURTIS GARLAND

CIENCIA FICCION



Datos del libro

Autor: Garland, Curtis
ISBN: 9788402025258
Generado con: QualityEbook v0.60

EL MUNDO QUE NUNCA EXISTIÓ



CURTIS GALAND

EL MUNDO QUE NUNCA EXISTIÓ

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 278

Publicación semanal.



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA — BOGOTA — BUENOS AIRES — CARACAS — MEXICO
ISBN 84-02-02525-0
Depósito Legal B. 39.118 – 1975
Impreso en España — Printed in Spain
1.ª edición: DICIEMBRE, 1975
*© **CURTIS GARLAND** — 1975*
texto
*© **ENRIQUE MARTÍN** — 1975*
cubierta
Concedidos derechos exclusivos a favor
*de **EDITORIAL BRUGUERA. S. A**.*
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)
*Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.***
Mora la Nueva, 2 — Barcelona —

CURTIS GARLAND

EL MUNDO QUE NUNCA EXISITIÓ

PROLOGO

ES horrible.

Acabo de hacerlo. Acabo de cometer el más espantoso delito imaginable. Y no tengo ya escapatoria. No puedo huir a ninguna parte. No hay adonde ir.

Acaba de detenerse mi vehículo de motor eléctrico. He tenido que frenar violentamente y meterme por entre los matorrales. Justo a tiempo. Creo que no me han visto. Pero lo bloquean todo. Cubren todas las carreteras. Lo cercan todo en derredor mío. Aeropuertos, helicentros, autopistas, vías secundarias. Todo.

No hay evasión. No hay escapatoria. Buscan a un hombre. A un asesino. Y ese hombre soy yo. Ese asesino soy yo. Cuando ellos dicen que nadie sale, es que es así. Poseen todos los medios imaginables. Todos los recursos.

Dios mío... ¿Cómo pudo suceder? Yo..., yo metido en esto. Hundido en esta vorágine, sepultado en este maldito caos... Lanzado a una lucha perdida, desesperada e inútil, por salvar mi vida. Mi libertad. Mi propio ser.

Salvar mi vida... ¡Cielos! Esto hace poco tiempo me hubiera resultado ridículo, absurdo, un completo disparate. ¿Mi libertad? ¿Qué libertad puede perder un funcionario del Gobierno, salvo ser un poco esclavo de su propio sistema y vivir el mayor número de horas del día pendiente de los problemas burocráticos de su especialidad? Una vez fuera de las oficinas, fuera de las horas de trabajo, se goza de libertad absoluta. De una vida que sólo a uno mismo le pertenece...

Y, sin embargo... Sin embargo, aquí estoy yo ahora.

Metido en el centro mismo del torbellino. Camino de hundirme en el caos, en el horror. Quizá en la propia muerte.

El control de carreteras, allá delante, sigue implacable. Vehículo a vehículo. Documentación, minuciosa comprobación de identidad… Si llego a seguir, si me uno a la fila, al llegar a mí me detendrían. Me aplastarían. Me rodearían esos hombres armados, y me conminarían a una entrega inmediata. Resistir es morir. Conozco sus uniformes. Y también sus métodos. No tienen otro remedio que hacerlo así. Son miembros de Seguridad Espacial. Su misión es evitar que una persona como yo se escape. Y acostumbran saber cumplir su misión.

El cerco…

Sí, es un cerco perfecto. Total. Completo. Saben hacerlo. Forma parte de su obligación. Esta área está bloqueada. Aislada. Salir de ella es virtualmente imposible. La pequeña poblaciónˆ los pabellones, los jardines, la autopista, las vallas de seguridad… Ese es mi mundo. Mi pequeño mundo de estos últimos meses.

Ahora es también mi infierno. Mi tumba. No tengo salida. Es imposible evadirse. De aquí sólo se sale muerto.

Muerto…

Sí. Conozco sus métodos. No hay dudas sobre ello. No permiten salir vivo a nadie que quebrante las normas. Forma parte de la seguridad. Y aquí todo gira sobre esa misma palabra: Seguridad.

No se sale fácilmente, no. Aquí no se admiten deserciones. Ni dimisiones. Y, mucho menos, rebeldías violentas. Sabotajes. O asesinatos.

Y yo… he asesinado.

He asesinado. Dos veces. He matado a dos seres humanos. Ellos lo saben. Me buscan por eso. Conozco bien las reglas. La orden debe ser tajante: captura y muerte. No me golpearán brutalmente, claro. No me torturarán. No. Ellos son demasiado asépticos, demasiado pulcros para hacer trabajos sucios de esa especie. Es mejor una inyección oportuna. El corazón se paraliza. El certificado de defunción es frío y escueto: fallecimiento por colapso cardíaco. Muerte repentina y natural. Natural, eso sí. Bien especificado. El cadáver se envía fuera, con un breve informe burocrático. Nadie pregunta. Nadie contestaría tampoco. Así funcionan los servicios de seguridad. Así han funcionado siempre. En mi país. Y en todos los países. Un traidor o un mártir, un loco o un enfermo, un asesino o un imprudente, tienen parecido final. Y muy semejante excusa

oficial. Todos mueren de lo mismo: muerte natural. No hay autopsia. Ni dudas. Nada de nada. El Gobierno sabe cómo actuar en esos casos. Seguridad, informa a un alto funcionario. Este da su visto bueno al asunto. Un *dossier* queda sobreseído. Se entierra a un hombre. O a diez.

Y la danza sigue.

Dios mío, pero sabiendo yo todo eso…, ¿cómo pudo ocurrirme lo que me ha ocurrido? ¿Cómo llegué a esto, por todos los diablos?

Si ahora vuelvo la vista atrás, si trato de recordar, mientras espero agazapado en el bosque, dentro de mi automóvil, a que el control sea levantado… o a que se me ocurra algo para salir del apuro… los recuerdos resultan vagos, confusos y torpes. Ni siquiera sé cómo empezó esta maldita cadena de errores.

No, no sé cómo empezó lo peor, pero sé cómo me metí en esta estúpida aventura. Cómo me tentó el formidable sueldo que ofrecían a los voluntarios. Cómo me presenté a mis superiores y dije:

—Yo quiero ir allá, señores. Yo me ofrezco voluntario para Base Doce…

Y firmé un documento, recibí una fuerte suma en concepto de garantía… Pasé unas pruebas físicas y psicotécnicas tan complejas como irritantes. Pero estuve siempre habituado a que me midieran mi cociente intelectual, como si de eso dependiera la suerte del mundo, y como si Copérnico, Leonardo de Vinci, Einstein o Edison hubieran tenido que probar antes de su contribución a la marcha del mundo, ese ridículo aspecto de nuestro desfasado mundo actual.

No me preocupó. Había pasado cien pruebas así para pertenecer a la Organización de Investigaciones y Experimentos Secretos del Gobierno de los Estados Unidos. Pasé una más. Y fui destinado a la Base Doce.

Ese fue el principio.de todo.

Luego, ocurrieron algunas cosas. Todas triviales, intrascendentes en apariencia. Pero ahora, mientras me siento acosado, vencido, a punto de caer en la telaraña terrible de la Seguridad, que me rodea con sus tupidas redes, sé que no fueron tan triviales. No, ni mucho menos…

* * * *

Recordar…

A veces, recordar hace daño. Mucho daño. Porque los errores pasados no pueden ser ya rectificados. Porque los momentos felices, si hubo algunos, no pueden' revivirse, salvo en el recuerdo. Y eso no deja de ser como proyectar una vieja película que nos gustó alguna vez, en una pantalla cualquiera, repetidamente..., hasta que deja de gustarnos o nos aburre.

Recordar...

Dios mío, me resulta incluso difícil ahora, con esta crispación, con esta angustia, cori esta imperiosa necesidad que tengo por salir de aquí, de la zona cercada, de las amplias áreas alambradas y vigiladas fuertemente por patrullas del Gobierno, que impiden cualquier evasión, del mismo modo que impiden cualquier intrusión.

Ellos están en todas partes. Y, por si fuera poco, las alambradas eléctricas se hallan acotando toda la zona llamada prohibida. Es un Centro de Experiencias Militares y Científicas del Gobierno de mi país. Aquí no puede entrar nadie. Y, si ellos quieren, tampoco sale nadie.

Ellos *no* quieren que yo salga. Y no saldré, estoy seguro de ello.

Sé demasiado. No pueden dejarme ir por ahí. A personas como a mí, se las elimina fríamente, dentro del mayor silencio. No hay nadie mejor ni peor que el otro. Todos los Gobiernos son iguales, cuando llega el momento de mantener el *top secret* que comprometa su seguridad: fascistas o comunistas, socialistas o demócratas, poco importa. Su actitud es siempre la misma.

Fría decisión en los casos extremos. Y total ausencia de piedad.

Mi caso es todavía peor. Yo sé otras cosas, pero ésas nunca las creerían mis superiores. No se puede hablar de traición, sin tener pruebas rotundas y concretas, capaces de convencer a los jefes de esta Zona Prohibida. Y, sin embargo, hubo traición. *Hay* traición aquí dentro.

Por eso he tenido que matar. He tenido que convertirme en asesino. No había alternativa. Era una elección desesperada entre dos extremos, matar o morir.

. Tuve que matar. No quería morir. No quiero morir. Supongo que es simple instinto, porque mi razón está empezando a hacerse a la idea. Si caigo en poder de cualquiera de esas patrullas que baten la zona palmo a palmo, todo se habrá perdido. Y es sólo cuestión de

momentos que ello suceda. Estoy perdido. Irremisiblemente perdido.

Dios mío. Es algo espantoso. No poder salir de aquí, cuando yo podría decir al mundo…

¡Decir al mundo! Eso tiene gracia. O, cuando menos, resulta penoso, ridículamente irónico, casi sangriento Decir al mundo. ¿Qué ganaría yo con decir nada ya? ¿Qué ganaría el mundo, que está a punto de perderlo todo, si es que no ha empezado a perderlo ya irremisiblemente? Pero, eso sí, perdiéndolo en el mayor secreto. Sin que nadie sepa nada. Sin que puedan ser advertidos de lo que sucede…

Algunos patrulleros de control están separándose de la valla de intercepción de la carretera interior de la Base. Se aproximan a los arbustos. Quizás sospechen algo. Quizá me vieron antes, con mi pequeño vehículo, y quieren saber adónde fui a parar…

He de dejar el coche. Salto de él y me alejo por entre los altos setos y la arboleda. Me interno en el bosquecillo. Como un zorro acosado por la jauría. Voy armado, pero eso importa poco ahora. También ellos van armados: potentes rifles, pistolas automáticas. Incluso granadas de mano. Pueden hacer todo el ruido que quieran, para darme caza. Dentro de esta zona, siempre se hace ruido. Experiencias militares, campo de tiro, entrenamientos especiales…, y cosas así.

Nadie se va a sobresaltar, suponiendo que en ese desierto que nos rodea, en toda la región árida y solitaria de Nevada en que se alza este Centro del Gobierno, pueda haber alguien lo bastante cerca como para escuchar disparos o gritos de hombre acosado. Si es que lo escucharan, se dirían que aquí hacemos cosas peregrinas, trucos y ensayos que parecen de cine. Eso sería todo.

Me voy metiendo más y más adentro del boscaje. No es que me encuentre mucho más seguro ni más a salvo. Sé que hay ojos electrónicos por doquier, detectores que siguen a cualquiera, si se mete en zonas de difícil control. Aquí, todo está controlado, vigilado. Es un mundo alucinante y terrible, donde, los hombres son sólo peones, siguiendo jugadas señaladas de antemano, proyectadas minuciosamente, sobre un tablero dispuesto y diseñado por expertos militares y científicos en común acuerdo. No hay rendijas. No hay resquicios por donde evadirse.

Y si alguien se rebela contra el sistema, es eliminado. Así de sencillo. Es algo que ya se nos sugiere al ingresar, y se nos confirma cuando nos dan el título de "personal especializado, al servicio del Gobierno". Eso lo implica todo. Ningún "especializado" puede ser ya como el resto de las personas. Para eso pagan bien y ofrecen incentivos muy agradables y generosos. Ellos obran como creen adecuado a sus intereses. Mientras uno cumpla correctamente, nunca hay problemas. La obediencia siempre está premiada.. La rebeldía, castigada con dureza. Con crueldad, si es preciso. Es algo que uno sabe de antemano y que acepta de un modo tácito. ¿Cómo iba a imaginar yo cuando firmé mi compromiso que iba a llegar a estos límites?

Pero lo cierto, también, es que... ¿cómo iba yo a sospechar lo que sucedería en torno de mí, lo que llegaría a obligarme a actuar como lo estoy haciendo ahora?

Esos malditos soldados pasan cerca de mí. Escucho el roce de sus botas entre la hojarasca a escasas pulgadas de mi rostro. Parece que no me han notado, tendido aquí, en tierra, tan próximo a ellos...

Se alejan. Sí, se alejan. No me han descubierto. ¿Será posible? ¿Me concederán todavía una oportunidad, una sola de... de salir de aquí, de intentarlo cuando menos, apenas oscurezca y el tránsito por la Base sea un poco más sencillo para mí? A pesar de que los ojos electrónicos nunca descansan. A pesar de que los detectores magnéticos siempre están ahí. Y las cámaras de televisión, proyectadas sobre campos de luz infrarroja, donde uno se cree en la más completa oscuridad, mientras es seguido por ojos escudriñadores desde los centros de vigilancia...

Sí. Se han alejado definitivamente. No sé si llegaron a encentrar el coche abandonado. O si le concedieron algún interés. Lo cierto es que no me han visto. No me han visto, y siguen su camino, lejos ya de mí... hacia alguna parte, para seguir su búsqueda.

Está empezando a oscurecer. Quizá haya todavía una oportunidad, una sola...

Cuando menos, debo luchar por ella. Como sea, debo hacerlo.

Y lo haré.

Lo haré en cuanto sea noche cerrada y los proyectores empiecen a describir su rutinario recorrido desde las torres de vigilancia del área...

Mientras tanto, esperaré aquí. Tendido entre la espesura. Pensando.

Recordando, sobre todo…

Recordando lo que me condujo a esto.

Primera Parte

ERROR Y TRAICIÓN

CAPITULO PRIMERO

CONOCÍ a Bárbara el mismo día en que obtuve la graduación de "personal especializado, al servicio secreto del Gobierno de los Estados Unidos", Sección de Experiencias Militares y Científicas, Área Prohibida del estado de Nevada.

Creo que me gustó apenas la vi. Y hasta pensé que yo también le gustaba a ella.

Bárbara pertenecía, por supuesto a la Base. Todos allí pertenecíamos a la Base. De otro modo, la presencia de cualquiera de nosotros hubiera sido un absurdo. Y un imposible, dadas las medidas de seguridad y control existentes.

Llevaba una tarjeta azul, plastificada, sobre su pecho. Con su número de orden y su destino en Laboratorios Centrales. Miró la mía, verde y amarilla, con cierta envidia.

—Experimentación Especial —leyó, por encima de mi propio número de orden. Y sonrió—. Eso debe resultar fascinante.

—No lo crea —reí, sacudiendo la cabeza—. Poco más o menos, todos hacemos aquí cosas parecidas. No me imagino nada realmente fascinador, cuando se ha de trabajar para el Gobierno.

—Cuidado con lo que dice. Podrían pensar que es subversión —y soltó una suave carcajada—. Bueno, lo cierto es que estamos de acuerdo en eso. Pero la gente que vive fuera de esta área imagina cosas portentosas. Especialmente, desde que ve por televisión cosas como la fabricación de "cyborgs" y la mutación de animales o cosas parecidas. Nos imaginan como nuevos doctores Frankenstein, o poco menos.

—La televisión... —suspire"—. La gente acaba creyéndose todo lo que ve en esos horribles programas de ciencia ficción. Lo cierto es que llevo aquí varios meses aburriéndome, a pesar de todos los

títulos rimbombantes que puedan dar a los que somos miembros de esta Base.

—Es sólo el principio. Quizá se ha graduado hace poco —dijo ella, estudiándome.

—¿Poco? —reí—. Hace sólo una hora que obtuve el título. Está recién estrenado. Quizá el habernos encontrado sea un buen presagio. Es la primera chica bonita que veo en la zona.

—Hay otras —sonrió ella.

—No las he visto. Y aun así, dudo que sean tan atractivas como… —miré su tarjeta de identificación—, como Bárbara Doyle.

—Muy amable —me estudió a su vez mi tarjeta de identidad—. Muy amable, caballero Farr.

—Steve Farr, exactamente —suspiré—. Es lo que significa mi letra S. A mí no me pusieron el nombre completo, como a usted.

—Hay un motivo: somos dos mujeres con el apellido Doyle. Mi hermana y yo. Y ambas tenemos el nombre empezando con la misma letra: Betty y Bárbara Doyle, ¿comprende?

—Comprendo. ¿También trabaja ella en Laboratorios?

—También. Pero en Electrónica. Al mando del profesor Bryand.

—Nada menos que el profesor Selwyn Bryand, la eminencia mayor en Cibernética… —reconocí—. Sus trabajos recorren el mundo, lo mismo que su nombre, señorita Doyle.

Habíamos llegado a la puerta de la cafetería y restaurante del pabellón central, dedicado a oficinas, departamentos de examen y estudios. La invité a entrar.

—No, gracias —rechazó"—. Ya he almorzado.

—Es igual. Tome una taza de café. Yo sólo voy a tomar un emparedado. No me siento con demasiado apetito, después de los exámenes. Debe ser cosa de los nervios…

Bárbara aceptó mi invitación. Me acompañó en la mesa. Comí frugalmente. No había bebido nada de alcohol antes de los exámenes, para que mis reflejos fuesen perfectos. Ahora me permití el lujo de tomar una cerveza. Bárbara me estudiaba con aire pensativo.

—Espero que esto le guste —dijo.

—Yo también lo espero —suspiré—. Ya no hay opción posible.

—El trabajo aquí es estrictamente confidencial. Hemos jurado guardar silencio sobre todo lo que hacemos en la Base.

Permanecemos en ella once meses cada año. Y sólo uno estamos fuera. Sin poder hablar de nada, por supuesto. Sin revelar a nadie cosa alguna sobre nuestro trabajo. Se nos controla calladamente. Tenemos ojos que vigilan, oídos que escuchan cuando menos lo pensamos... A veces me pregunto si eso es una forma de vivir.

—Se puede renunciar, ¿no es cierto? —pregunté, inquieto.

—En teoría, sí. Se puede renunciar. Pero dudo que nadie lo haga, cuando lleva ya mucho 'tiempo metido en esta clase de trabajos. Es difícil dar marcha atrás.

—¿Por qué? —indagué, sorprendido.

—Porque el Gobierno difícilmente suelta del todo a quien sabe demasiado de sus secretos militares o científicos. Ya durante toda la vida, está uno condenado a la vigilancia, al control. Como un insecto seguido por el entomólogo de turno. No. Eso ya no es vida. No existe una auténtica intimidad. Y si se hace algo poco claro, ellos caen sobre uno inmediatamente. No les reprocho porque lo hagan. Los Gobiernos saben lo que más les conviene y lo cumplen rígidamente, con total precisión. Aceptamos nuestro papel, ¿no es cierto? Y eso basta para nosotros. No quiero que piense extrañamente de mí. Ni que se sienta como un prisionero en este lugar.

pero en realidad no digo sino lo cierto, Farr. Así son las cosas para nosotros, y así debemos aceptarlas...

—Sí, supongo que uno sabía ya de antemano lo que es este trabajo —suspiré, dejando mi taza de café vacía, y consultando el reloj de pulsera—. Pero la paga es buena, y se labora por el propio país y el bienestar de la nación. De modo que nada podemos reprocharle a nadie, señorita Doyle.

—Puede llamarme Bárbara —sonrió—. Somos ya camaradas desde hoy. Estamos embarcados en una misma y larga travesía.

—Esto es como un mundo aparte —comenté, poniéndome en pie —. Tal vez incluso se lleguen a formar aquí familias: bodas, nacimientos y todo eso.

—Sí, así es —asintió ella—. Existe la pequeña zona residencial solamente para las familias completas. Con su capilla, su calle principal y su plaza, como cualquier pueblo del país. Allí están también el cine, la sala de diversiones, como en cualquier sitio fuera

de estas rejas que forman la frontera de nuestro mundo experimental.

—Si no tiene compromiso, incluso es posible que podamos bailar el sábado en la zona residencial —sugerí, risueño.

—Por supuesto —rió suavemente Bárbara Doyle—. Nos veremos el sábado, si es que antes no nos encontramos en Laboratorios, cosa bastante fácil esta semana.

—¿Por qué esta semana, precisamente?

—Pronto se enterará oficialmente. Hay una serie de nuevos experimentos en proyecto. Creo que comenzarán mañana.

—¿De qué naturaleza serán?

—*Top secret* —se llevó un dedo a los labios, cómicamente misteriosa—. De eso no se puede hablar, en tanto no recibe usted el informe oficial de sus superiores, Farr...

Nos despedimos, y ella se encaminó a la importante Sección de Laboratorios, un hermoso y encristalado edificio, rodeado totalmente de jardines..., y de guardia militar.

Al día siguiente, comenzaría el Experimento X. Y con él, el desastre...

Pero eso, yo no podía sospecharlo en aquellos momentos ni remotamente.

■;■ *

—Experimento X...

—Exacto, Farr —asintió el teniente Sanders, de Investigación Militar—. Ahí tienes tu orden oficial. En ese sobre te indicarán lo que debes hacer para iniciarte en ■tu especialidad... Mucha suerte, amigo.

Asentí, rasgando el sobre con el membrete de *TOP SECRET*, cruzando en diagonal su parte delantera, por encima de mi nombre y la indicación "Experimento X", mecanografiados en el papel oficial.

Extraje el documento que, discreto, el teniente Howard Sanders, mi compañero de alojamiento en el pabellón residencial, evitó mirar, yéndose hacia la ventana, a través de la cual contempló las luces que salpicaban la Base, en la oscuridad nocturna. Sobre mi mesa de trabajo y lectura, junto a una pila de libros, sonaba la música suave en un receptor pequeño, transistorizado.

El texto era tan breve como decepcionante:

"Experimentación Especial, al Número AG200378:

"'Persónese esta misma noche, a las once, en Centro de Investigaciones Número Tres. Ha sido usted elegido para formar parte del "Experimento X", en su primera fase."

Firmaban con un sello en seco que yo sabía era imposible de imitar o falsificar, ya que apenas entraba en contacto con el aire, tomaba un tono plateado que, posteriormente, se diluía, desapareciendo el sello y su relieve por completo, así como el texto y membrete de la misiva, dejando solamente en mis manos un papel en blanco, sin la menor huella de escrito alguno. Huella que tampoco podía aparecer posteriormente en modo alguno, ni siquiera sometiendo e[1] papel a reacciones químicas habituales.

—No son muy explícitos —comenté secamente, viendo blanquear el papel en mis dedos.

—Tío acostumbran serlo —convino el teniente Sanders, volviéndose a medias, con una leve sonrisa—. Yo también asisto a ese experimento, Farr. Y sé tanto como tú.

—Espero que no seamos cobayos de nada peligroso —murmuré.

—Eso, nunca se sabe. Depende de lo que se les haya ocurrido a nuestros muy sesudos inventores civiles o militares, amigo mío. Uno no se puede extrañar de nada en este trabajo. Y, desde luego, lo más probable es que tampoco sepamos gran cosa cuando estemos ya en el lugar de la experiencia. Sobre todo, si la prueba fracasa. No les gusta hablar de sus fallos.

Tiré el papel totalmente blanco a la papelera de la habitación. Miré mi reloj. Eran ya las ocho y media. Cuando la prueba era importante el plazo de aviso era muy breve. Quizá por simples motivos de seguridad. Un secreto bien guardado, puede serlo mejor aún si se conoce por poco tiempo. Esa debía de ser su norma.

—Experimento X... —repetí entre dientes—. ¿No tienes ninguna idea, Howard?

—Ni la más mínima. Pero debe ser algo gordo. He visto pasar al profesor Bryand hacia el Centro Número 3. Eso significa algo, no hay duda.

—¿El profesor Bryand? —recordé a Bárbara—. ¿El genio de la cibernética?

—El mismo. Sólo vive para la electrónica. A lo mejor se le ha ocurrido montarnos un televisor en cada ojo, o cosa parecida. Uno

nunca sabe de lo que son capaces esos chiflados de la ciencia, amigo mío.

—Bryand... ¿También intervendrán entonces en la prueba sus ayudantes personales?

—Sí, también —afirmó gravemente Howard Sanders—. No suele probar naderías, sino cosas importantes, en las que precisa muchos colaboradores... Dios nos ayude, si tiene alguna idea delirante, ese viejo genio.

Seguía inquieto, pero la idea de tener cerca de mí a Bárbara Doyle cuando empezase el misterioso Experimento X me había aliviado bastante. Quizá era una tontería, pero en un sitio como aquél, verse cerca de una chica como Bárbara siempre resultaba un aliciente muy digno de ser tenido en cuenta.

—Bien... —suspiré, dejándome caer en el borde de la cama, con gesto perezoso—. Esperemos a que den las once..., y conozcamos, cuando menos, lo que van a hacer con nosotros.

—Si es que alguna vez llegamos a conocerlo —apostilló pensativo mi compañero de habitación, con su mirada perdida en los edificios bien iluminados de la Zona Prohibida que el Gobierno se asignaba en aquel desierto de Nevada, donde nadie podía imaginarse la existencia de una instalación semejante, con sus centros de experimentación y hasta su pequeña ciudad residencial, para familias establecidas dentro de la gigantesca y enigmática Base norteamericana...

Todos fuimos puntuales. Absolutamente todos.

Incluido, por supuesto, el profesor Bryand, el "padre de la electrónica", como le apelaban cariñosamente muchos de mis compañeros. Y con él, sus ayudantes. Algunos de sus ayudantes, cuando menos...

Y Bárbara estaba entre ellos.

Muy bonita y atractiva, con aquel uniforme suyo de trabajo, de un vivo color naranja brillante, y un gorro de igual color, con muy breve falda por cierto el uniforme, dejando ver la línea perfecta y armoniosa de sus muslos.

Me pregunté, un poco cínicamente, si el estudio del grado de erotismo que puede excitar a unos disciplinados expertos en pruebas científicas y militares en determinadas circunstancias de convivencia, formaría, parte del experimento del profesor Bryand.

Lo cierto es que otra muchacha ayudante suya, muy rubia y bien dotada en su anatomía, también lucía el vistoso uniforme naranja. Howard resopló junto a mí, en voz baja:

—Bueno, con esas preciosidades aquí, empiezo a sospechar que la cosa no va a ir tan mal como me temía...

Reímos los dos entre dientes. Inmediatamente nos quedamos serios y a la expectativa. Una puerta se había deslizado silenciosamente, al fondo de la cámara amplia, hexagonal, bien iluminada, en la que habíamos sido convocados, justo cuando el reloj pasaba dos minutos de las once en punto de la noche.

—Buenas noches, caballeros —saludó una voz fría y profunda, singularmente expresiva y rica en matices—. Veo que todos han sido estrictamente puntuales, como a mí me gusta que sean los hombres puestos a mi disposición...

Contemplé al recién aparecido, con vivo interés. Creo que también el teniente Sanders hacía lo mismo.

Era un tipo notable, ciertamente. Muy notable, sobre todo cuando se le veía por vez primera. Y eso era lo que me sucedía a mí y, probablemente, a mi compañero de alojamiento en la Base.

Alto, altísimo en realidad. Enjuto, tez broncínea, cabellos negros, con un blanco mechón en medio de su frente despejada. Ojos singularmente claros, en comparación con el color de su piel y sus cabellos. Vestía un uniforme convencional, que no consideré realmente militar. Era de color gris oscuro, con el emblema del I Centro de Investigaciones sobre el lado izquierdo de su pecho. Si pertenecía a alguna rama militar, ésta debía I de ser de tipo altamente secreto. Yo nunca había visto los distintivos y emblemas que adornaban sus bocamangas y sus hombreras plateadas. Llevaba en su mano una gorra de plato, también con emblema desconocido por completo para mí.

—Ustedes se estarán preguntando ahora quién soy yo —manifestó brevemente, contemplándonos uno por uno, de forma minuciosa y tranquila—. Y voy a satisfacer inmediatamente su curiosidad, ya que no todo aquí ha de ser *top secret*... aunque a veces lo parezca.

Sonrió al decir esto, contagiándonos en parte su jovialidad y simpatía personal. Sonreímos también nos1 otros, a la espera de sus palabras. Tenía palabra fácil y agradable. Y, sobre todo, un timbre

de voz capaz de hacer de él una gran figura en Broadway o en Hollywood, sobre un escenario o un plato de cinematografía.

—Caballeros, mi nombre es Milton Cordell, y mi grado es el de comandante, dentro de la Fuerza Especial Paramilitar de Seguridad Nacional, adscrita a este Centro de Investigaciones. Sé que todo ello suena demasiado rimbombante, pero en términos claros y concretos, les puedo decir que mi Cuerpo se cuida de que no les suceda nada a ninguno de ustedes, que sus misiones sean estrictamente confidenciales..., y que cuanto acontece en esta Base no trascienda jamás a lugares donde agentes de otras naciones puedan llegar a conocerlo, informando al extranjero de cuanto poseemos. Pero, al mismo tiempo de proteger a todos ustedes, si he de serles sincero y totalmente franco, también protegemos de cualquiera de ustedes que puede resultar diferente a lo imaginado, a todo el complejo instalado aquí y cuya finalidad es solamente servir al país. En suma: si entre ustedes, pese a la cuidada elección de que son objeto, se infiltrase alguna vez un agente enemigo, nuestra misión es localizarle y, por supuesto, destruirle. O, cuando menos, anular su actividad y eficacia. Aquí no hay sitio para sentimentalismos. Piensen que, muchas veces, están en sus manos y las nuestras auténticos secretos vitales, armas letales o medios de destrucción inimaginables. Bien, caballeros: como ése no es ahora el caso, una vez hechas las presentaciones, vamos a pasar al experimento en sí.

Se acomodó en una mesa arrinconada, sobre la que reposaba un *dossier* de tapas blancas. Lo abrió, leyendo algo. Sin duda había también fotografías y cuantos datos de identificación fueran precisos, porque alzó la cabeza, me miró fijamente, sin la menor vacilación, y habló en voz alta:

—Señor Steve Farr.

—¿Sí? —di un paso adelante, casi solemne.

—Por favor, pase a esa cámara inmediata —pidió con una sonrisa—. Usted es el encargado de iniciar nuestro Experimento X. Puede entrar sin prevención alguna. Le aseguro que todo esto, pese a su trascendencia futura, es mucho menos complicado de lo que pueda usted pensar...

—No tengo prevenciones, comandante —suspiré—. De lo contrario, no estaría ahora aquí.

—Buena respuesta —sus ojos azules me observaron, meditativos —. Bien, señor Farr. Nos veremos en breve. | Adelante.

Crucé esa puerta. Me encontré en una cámara rectangular, repleta de paneles electrónicos, y toda clase de computadoras y mecanismos de cibernética. Los paneles eran un constante pestañeo de luces de colores, los rollos de cinta magnética circulaban de modo constante, y una serie de misteriosos zumbidos acompañaban la actividad en aquel recinto que, sin duda, pertenecía al imperio fantástico del profesor Bryand y su ciencia.

En medio de la cámara había una especie de cilindro cristalino, como una urna redondeada y, dentro del mismo, un lecho de espuma, con una serie de cables, conexiones y contactos adhesivos.

—Entre ahí —dijo la voz a mi espalda—. Es para usted.

Me volví, gratamente sorprendido. Descubrí un uniforme naranja, unos bonitos ojos que ya conocía, y unas piernas encantadoras. Sólo que ahora no sonreía. Ni siquiera parecía amable.

—Oh, usted... —comenté, complacido—. ¿Es quién va a ayudarme en todo esto?

—Sí, yo soy. El profesor entrará en seguida. Tiéndase ahí, en esa cápsula. Estará cómodo, no lo dude.

—No lo dudo. ¿Seguro que no van a electrocutarme?

—El Gobierno no se gastaría tanto dinero ni esfuerzo en algo tan sencillo, señor Farr —me replicó, con una rara acritud que no esperaba en ella.

—Sí, eso parece razonable —admití, con un suspiro. Entré en el receptáculo transparente, y me tendí dentro de él, cuan largo era. Era confortable y suave. Pero me encontraba incómodo ante la ignorancia de lo que me esperaba.

—Ahora, no se mueva —dijo ella. Y comenzó a conectar los electrodos a mis sienes, brazos, nuca, cuello, torso, piernas y cuantos puntos podía uno imaginarse. Una red inextricable de cordones y cables me unió al enorme mecanismo electrónico que funcionaba en torno mío, pero no sentí que nada cambiase de momento dentro de mí.

Antes de que pudiera adherir las placas magnéticas a mis muñecas y dedos, reía entre dientes ante la proximidad de las piernas bien torneadas de mi compañera de experiencias. Y me

decidí audazmente a darle un suave cachete en la nalga.

Sorprendentemente, ella se inclinó sobre mí. Y me abofeteó. Seca y rudamente.

Parpadeé, asombrado. La miré con cierto disgusto.

—Perdone —dije— No debí propasarme. Era sólo una broma, Bárbara. No debió tomárselo tan seriamente.

—Yo no soy Bárbara —me replicó—. Soy Betty. Su hermana gemela…

Y secamente, cerró de pronto el cilindro de plástico vidrioso, y me dejó encerrado dentro, lleno de sorpresa y de cables y electrodos.

CAPITULO II

BORROSAMENTE, a través del cilindro, vi llegar al profesor Bryand, que me contempló pensativo. Me dirigió una breve sonrisa. Luego, pulsó una serie de botones de diversos colores, un teclado de vistosa apariencia, que produjo una nueva serie de zumbidos, vibraciones, parpadeos de luz y hasta rápido funcionamiento de imágenes en diversas pantallas de televisión situadas en los muros.

Por los electrodos me llegaron unas suaves, sutiles vibraciones. Una leve modorra me asaltó. Quise luchar contra ella, y me fue imposible. Sencillamente, me quedé dormido dentro de aquel recipiente vidrioso en que yacía tendido, como podía estarlo un astronauta viajando a remotas galaxias, en suspensión animada.

Allí terminó todo para mí. Ya no sentí nada, hasta que una voz me interpeló suavemente:

—Vamos, vamos, Farr. El experimento ha terminado. Puede salir de ahí.

Miré a mi alrededor. El profesor Bryand ya no estaba en la cámara. Sólo descubrí la presencia del comandante Milton Cordell, de Seguridad Paramilitar, y del teniente Sanders, mi compañero de alojamiento en la Base.

—¿Eh? —pregunté—, ¿Qué ha ocurrido?

—Nada, sencillamente —sonrió el comandante Cordell con su profunda voz expresiva—. Sólo que usted fue objeto de la experiencia programada, lo mismo que su amigo, el teniente Sanders. Y eso ya ha terminado. Pueden volver a su alojamiento cuando gusten.

—¿Todo resultó bien? —quise saber.

—Como era de prever —se expresó prudentemente Cordell—. No hubo problemas, si a eso se refiere. ¿Notó usted alguno, por su

parte?

—Cielos, nada de nada —suspiré—. Me he quedado dormido profundamente, apenas comenzó la experiencia ¿Eso estuvo bien?

—Formaba parte de la prueba, sí. Si nada notó, es que todo funcionó correctamente. Buenas noches, señor Farr. Puede descansar tranquilo ahora. Si quiere, está autorizado a tomar algo en la cafetería del pabellón residencial. Usted y el teniente tienen hoy permiso para estar fuera de su alojamiento hasta la una de la madrugada.

Miré mi reloj. Era sorprendente. Sólo las doce menos cuarto, La experiencia había sido sin duda muy breve. Una vez despojado de los electrodos, y fuera ya del cilindro vidrioso, me sentía mucho mejor. "Como salir de una tumba o de un ataúd", pensé.

Mementos más tarde, ambos salíamos del Centro de Experimentación número 3, y nos encaminábamos de regreso a casa, por las anchas sendas asfaltadas de la Base. La noche seguía siendo estrellada y apacible, aunque del desierto cercano llegaba una fría brisa sutil y muy seca, que a veces le hacía estremecer a uno.

—El comandante nos dio las gracias —comentó Sanders a mi lado—. Y eso ha sido todo. Ni siquiera se dignaron decirnos lo que hicieron con nosotros.

—Así son aquí las cosas —sonreí—. No deberías extrañarte demasiado. Eres más veterano que yo en estas lides.

—No me extraño. Pero me irrita tanto secreto. Lo más justo sería conocer, cuando menos, el papel que nosotros representamos en todo esto, y no" sentirnos como unos simples objetos, o unos transistores perdidos en una pieza cualquiera...

—Yo me pregunto también qué pudieron hacer con nosotros —miré a Sanders—. ¿También a ti te metieron en una de esas urnas?

—También. Al principio creí que íbamos a ser hibernados hasta otra generación —se echó a reír—. Pero, cuando menos, la prueba ha sido breve. Quizá algún día sepamos para qué pudimos servir esta noche. Steve.

momento, lo mejor que podemos hacer es tomar un trago... y retirarnos a dormir tranquilamente.

—Sí, creo que es lo mejor..., y lo único que nos está dado hacer —concluí, riendo.

Poco después, tomábamos una cerveza en la cafetería del pabellón residencial, previa presentación de una cartulina roja que nos había dado el comandante Cordell, con permiso especial de madrugada para consumir bebidas alcohólicas y deambular fuera de nuestro alojamiento.

Al salir de la cafetería, una patrulla formada por tres hombres uniformados, de la vigilancia nocturna, nos pidieron asimismo ese permiso, y, una vez comprobado, nos dejaron ir hacia los jardines que rodean la edificación. Lo cierto es que ni Sanders ni yo teníamos ganas de acostarnos. Estaba seguro de que mis nervios se habían excitado con la prueba, y por alguna razón, se resistían al reposo inmediato.

—A fin de cuentas, aún no es tarde —comentó Sanders—. Disponemos de casi una hora para tomar un peco de aire... Estas ocasiones deben aprovecharse, Steve. No dan fácilmente permisos de madrugada, salvo cuando pides uno de fin de semana... a pasar en el pueblo de la propia Base, por supuesto. Y sólo hasta las dos de la madrugada del domingo...

Recorrimos los senderos de asfalto, entre indicadores fríos y áridos, que señalaban las diversas instalaciones militares o científicas del lugar. Eso, y la presencia inexorable de las millas y millas de alambradas electrificadas que nos cercaban, le hacían sentir a uno cierta clase de claustrofobia. Ni siquiera allí, bajo las estrellas, se perdía esa sensación incómoda. Después de todo, hasta la noche al aire libre no dejaba de ser una parte de la gran prisión colectiva.

—Empiezo a sentirme un poco harto de todo esto —oí decir a Sanders de pronto—. Quizá un día abandone y me marche, Steve.

—¿Marcharte? ¿Adónde? —me sorprendí.

—A cualquier parte. Al mundo exterior, de donde tú llegas. Quizá ésta sea una jaula dorada. Pero no deja de ser una jaula. Creo que todo se ha deshumanizado demasiado en nuestro país y en todos los demás.

Los seres humanos somos como muñecos a su merced. Como marionetas de un juego de niños grandes Eso me enfurece y me disgusta.

—Supongo que puedes renunciar, si así lo deseas —pero recordé las palabras de Bárbara Doyle: "Luego, ya nunca es igual. Te siguen,

te vigilan, te controlan. Hay siempre ojos y oídos donde tú estés..."

—Sí, supongo que sí —sacudió la cabeza—. Pero ya todo será diferente...

—Diferente... Es lo que dijo otra persona hace pocas horas... Sanders, ¿qué sabes de las hermanas Doyle? Me refiero a Bárbara y Betty. Ignoraba que fuesen...

—¿Gemelas? —Sanders se echó a reír—. Sí. Son físicamente idénticas. Pero ahí termina todo parecido entre ellas.

—¿Qué quieres decir?

—Bárbara es encantadora. Su hermana Betty es una mujer hosca y poco amable. Ambas trabajan con el profesor Bryand, ya debes saberlo. La de esta noche era Betty.

—Sí, lo sé. ¿No estuvo Bárbara en el experimento?

—Sólo vi a una, y era seca como un cardo. Por tanto, Bárbara no anduvo por allí. ¿Qué te ocurre, Steve? ¿Te gusta la chica? Te advierto que tienes a más de cien rivales en la Base... A casi todo el mundo le gusta Bárbara. Casi tanto como les disgusta Betty...

—No puedo negar que me gusta —admití—. Pero de eso a sentir algo por ella, media un abismo. Apenas si la conozco. Sólo era curiosidad, por el momento.

—Ya —me miró, sarcástico—. Por una simple curiosidad empieza todo, Steve...

* No le respondí. Nuestro paseo se interrumpió bruscamente cuando, en alguna parte de la Base, una sirena comenzó a emitir un largo, agudo sonido metálico, que se extendió por doquier en pocos momentos.

En muchos puntos, se encendieron reflectores, que barrieren zonas hasta entonces en sombras, y muchas ventanas apagadas se iluminaron súbitamente en los edificios. Giré la cabeza, mirando con preocupación a mi compañero. Descubrí el gesto crispado de su rostro.

—¿Qué ocurre? —pregunté.

—Alarma —dijo—. Es la sirena de estado de emergencia en toda la Base.

Su voz había sonado ronca. Asentí, cada vez más preocupado.

—Imagino que es una alarma. Pero, ¿cuándo funciona? ¿Qué tiene que suceder para que se ponga en marcha?

—Algo grave —dijo—. Y peligroso. Muy peligroso para *toda* la

Base…

No dijo más. Me volví, dejando de mirar a mi compañero. Un *jeep* se movía rápidamente por el sendero de asfalto, hacia nosotros. Vi cascos. Vi cascos de acero y metralletas. Una voz nos ordenó abruptamente:

—¡Pronto, a sus alojamientos! ¡Vamos, despejen esta zona!

—Tenemos permiso especial —traté de argumentar.

—¡No importa! —me atajó bruscamente un sargento de patrulla —. ¡Regresen a su alojamiento en el acto! ¡Todos los permisos quedan automáticamente cancelados! ¡Es una orden!

Sanders me tomó por el brazo, corriendo ambos hacía nuestro pabellón. Por doquier, vehículos militares, personal armado, reflectores y zumbido de sirenas, ponían notas de tensión e incertidumbre en el ambiente. Alcanzamos nuestro apartamento, entramos en él y cerramos la puerta automática. Por los altavoces de la música ambiental —que servían también para emitir órdenes de emergencia, llegado el caso, a todos los puntos de la Base—, brotaba ahora, persistente, el metálico zumbido de la sirena de alarma.

—Me, gustaría saber lo que ocurre —dije, resoplando, y dejándome caer en una butaca.

—A mí también —Howard Sanders, algo pálido, paseaba por la cámara como un tigre enjaulado—. Pero sea lo que sea, es algo grave. Muy grave…

* * *

Era imposible dormir, con aquella sirena zumbando insistentemente en nuestros oídos. Afuera, a través de las ventanas, se veía el movimiento continuo de vehículos militares, de reflectores, de personal especializado moviéndose de acá para allá, como poseídos todos por un violento frenesí inexplicable.

Sanders ni siquiera se había sentado. Paseaba lentamente, fumando cigarrillo tras cigarrillo. Le miré tendido en el lecho, sin haberme quitado las ropas, boca arriba sobre la colcha. Había tratado de leer el boletín diario de nuestra Base, un auténtico periódico con sus páginas de cómics y todo. Pero era inútil. No centraba mi atención en el texto, por mucho que lo intentase.

—Esta situación es exasperante —murmuré con voz ronca—. Si al menos supiera lo que está sucediendo…

—No tardaremos en saberlo —me respondió el joven teniente con acritud—. Cuando dan la alarma, acostumbran luego dar la explicación pertinente. Pero hoy tardan más de lo debido. Eso me preocupa. Y me confirma mi primera impresión. Es algo sumamente grave. Gravísimo, diría yo.

—Sí. De eso estaba yo también muy seguro. Pero me preguntaba qué podía ser. Dónde estaría su auténtica gravedad…, y hasta qué punto nos afectaría a nosotros.

Salimos de dudas en breve plazo. En muy breve plazo, por cierto.

Fue súbitamente. Cesó de sonar la sirena en los sistemas de comunicación interior. Se hizo un profundo silencio repentino. Sanders dejó de fumar, aplastando nerviosamente su cigarrillo en un cenicero. Me miró y yo a él.

—Ahora —murmuró—. Creo que vamos a saber algo por fin…

Y lo supimos. Inmediatamente.

Fue la voz inconfundible del comandante Milton Cordell la que sonó fríamente a través de los altavoces murales de nuestro alojamiento, extendiéndose por toda la base e informando a todo el personal allí situado:

—Escuchen todos —dijo—. Esta es la voz del comandante Cordell, informándoles a ustedes. Escuchen atentamente. Es una emergencia. Una grave emergencia que nos afecta a todos por igual. Mantengan la calma y la serenidad, y recuerden que están aquí para servir a su país hasta el fin, sean cuales sean las circunstancias, y que, precisamente por haber sido ustedes elegidos para misiones de muy especial condición, en ustedes hemos depositado también la confianza absoluta de que j sabrán comportarse ejemplarmente llegado el peor de los casos. Ahora, escuchen todos. Esta es una información de emergencia, forzosamente breve e incompleta. Seguiremos informando en sucesivos comunicados.

Hizo una pausa. Estábamos callados. Sin aliento. Temiendo algo horrible, pero sin saber de qué se podía tratar…

—Escuchen todos nuestra primera información urgencia —prosiguió la voz de Milton Cordell—. Un arma bacteriológica absolutamente mortífera para la humanidad, ha sido experimentada recientemente en nuestra Base Algunos de ustedes recordarán el llamado | Experimento Z. Bien: el Gobierno resolvió, dada su letal

condición, realmente temible para todos, deshacer, se de ese elemento bacteriológico inmediatamente, destruyendo las únicas muestras existentes, capaces por sí solas de destruir en rápida contaminación en cadena mares, campos y ciudades del planeta. De un modo estrictamente secreto y confidencial, el llamado Producto Omega, la fórmula letal y su resultado, fueron trasladados fuera de esta área, bajo control del Gobierno, con destino a su destrucción.

Otra pausa. Sanders estaba lívido. Y yo creo que no le aventajaba en su aspecto, en esos momentos. Empezábamos a entrever la horrible verdad.

—En suma, señores: algo sucedió en el camino. Hubo un error. Un gravísimo y trágico error, por parte de alguien. Es noticia que falta por confirmar y por aclarar debidamente. Pero el producto letal, el llamado Producto Omega, sufrió la fractura de su recipiente...

Y SE EXTENDIÓ POR EL AIRE INMEDIATAMENTE. Eso, señores, quiere decir, hablando cruda, casi brutalmente, que HEMOS ANIQUILADO AL MUNDO. En suma, la contaminación letal en cadena ha comenzado.

Y ya no hay NADA que la pueda detener.

Esta vez, la pausa fue tan breve como terrorífica. Es tuve seguro de que en toda la Base nadie movía un solo músculo en esos momentos. Casi seguidamente, Cordell remachó su trágico informe:

—Deben admitir esta realidad: cuantos tengan familia o amigos fuera de la Base, pueden darlos ya por definitivamente perdidos. Por eso pido SERENIDAD. Nosotros, SOLAMENTE NOSOTROS, podemos intentar defendernos, poniendo en acción elementos experimentales, cosas que teníamos en proyecto, para defendernos de ataques bacteriológicos del exterior. Por una trágica ironía del destino, nosotros mismos nos atacamos y destruimos a la vez. Y hemos de defendernos de nuestras propias armas, evitar el holocausto final, protegiendo esta Base y toda su gente contra la muerte exterior que llegará pronto a esta zona. Si las pruebas resultan, lograremos aislarnos por un tiempo de la muerte bacteriológica, quizá el tiempo suficiente para que nuestros científicos hallen un remedio definitivo. Si no... que Dios se apiade de nosotros, y nos haga nuestro final más digno y tolerable. Es todo,' amigos míos. Como dije antes, toda nueva información será

transmitida inmediatamente. En esa materia, por desgracia, no tiene por qué existir el *top secret*, ya que nos concierne a todos por igual…

Se hizo el silencio en los altavoces murales. Luego, comenzaron a transmitir música marcial, marchas militares, como si estuviéramos en estado de guerra con alguien. Lo curioso, lo terriblemente sarcástico es que, si había alguna guerra… era contra nosotros mismos.

Y era una guerra perdida de antemano. De eso no me cabía ninguna duda.

CAPITULO III

—DESTRUCCIÓN total... Muerte masiva... Los Estados Unidos... todo el continente americano. Y los océanos... y otros continentes... TODO, Steve... ¡TODO!

—Sí —afirmé despacio, con un suspiro—. Sé lo que sientes, Howard. ¿Tienes familia?

—Hermanos... Mis tíos... Y mis amigos. Muchos amigos. Y hasta una chica... que quizá pudo...

Se ahogó en un sollozo ronco. Le miré en medio de un patético silencio. Hubiera querido decirle muchas cosas. Pero no supe decirle ninguna. Ni creo que hubiera servido de nada.

Yo, personalmente, no perdía mucho. Carecía de familia, de novia. Por eso estaba ahora allí. Pero tenía amigos. Y pensar que todos ellos estarían muertos o agonizantes, bajo el efecto de un arma bacteriológica, me dejaba anonadado. Y eso no era lo peor.

Quise imaginarme las ciudades: Nueva York, Chicago, San Francisco, Los Ángeles, Boston, Filadelfia... Y otras más pequeñas. Muertas todas. Aniquiladas por un gas mortífero que cayó sobre ellos súbita y despiadadamente...

Eso se había dicho muchas veces. Se había escrito sobre ello. Cosas de los pesimistas, de escritores de ciencia ficción y demás gente así. Siempre se había aceptado escépticamente. Casi con aire de burla.

Y luego serían otras muchas: Miami, La Habana, j México, Caracas, Río, Buenos Aires, Chile y así hacia Australia, Oriente, Europa... El mundo entero. Era una reacción en cadena. No sabía cómo sucedía, pero podía imaginarlo: algo mezclado con el propio oxígeno.

Disperso, podía cubrirlo todo, quizá por la propia concentración

del producto original. Una cápsula rota, expandiendo un gas capaz de envolver la Tierra entera en un sudario mortífero y demoledor.

Eso se había dicho muchas veces. Se había escrito sobre ello. Cosas de los pesimistas, escritores de ciencia ficción y demás gente así. Siempre se había aceptado escépticamente. Casi con aire de burla.

Y ahora...

Ahora, había sucedido. Estaba sucediendo.

Todos, absolutamente TODOS LOS HUMANOS estaban muriendo. O habían muerto ya, ¿quién podía saber eso?

Tuve una idea. Sintonicé mi aparato de radio. Era cruel, pero quizá necesario. Quería saber, escuchar...

No capté sino ruidos confusos, interferencias, zumbidos... Por el altavoz brotó una voz metálica, fría e impersonal:

—Por favor, cierren receptores de radio. No hay noticias del exterior. Están controladas todas las líneas de emisiones de radio y televisión, por orden de la Censura Militar. Esperen sólo información oficial de la Base. No utilicen receptores de radio y televisión excepto cuando sean autorizados a ello de forma oficial.

Cerré el aparato de radio casi iracundo. Grité, moviéndome por la habitación como una fiera enjaulada:

—¡No tienen derecho a eso! *Ahora*, no! ¡Lo de ahí afuera nos concierne a *todos*! ¡Están moralmente obligados a dejarnos *saber*! Después de todo... después de todo hemos sido NOSOTROS mismos los culpables, Howard...

Mi amigo levantó la cabeza. Me miró con ojos enrojecidos por el llanto. Su aspecto me causaba dolor.

—No hables, Steve —me pidió con voz quebrada—. No te arriesgues. No vale la pena.

—¿Arriesgarme? —me sorprendí. Caminé hacia él—. ¿Arriesgarme a qué?

—A lo peor —suspiró. Señaló los muros—. Es una emergencia. Deben controlarnos minuciosamente, para evitar problemas. Somos muchos seres humanos aquí dentro. Cabe la posibilidad de un motín, de un caos... Nos vigilan, estoy seguro. Habrá células fotoeléctricas en funcionamiento. Y micrófonos. Acaso, incluso cámaras de televisión ocultas...

—Vaya... —resoplé—. Como en las pesadillas que se aplicaban a

los totalitarios y a los fascistas. Y eso lo hacemos nosotros, los del mundo libre... ¡Tiene gracia la cosa, Howard! O mejor dicho, la tendría... si no fuera todo tan espantoso.

El me miró tristemente. Pareció que iba a decir algo, pero no lo hizo. Bajó la cabeza. Acaso pensaba en sus hermanos, en sus familiares y amigos, en todo lo perdido para siempre, del modo más estúpido imaginable.

Transcurrieron unos minutos. La puerta de nuestro alojamiento se deslizó silenciosamente de pronto. Volví!a cabeza, sorprendido. Un par de soldados de las Patrullas de Vigilancia estaban allí. Uno de ellos tenía graduación de cabo.

—Steve Farr —habló este último—. Síganos, por favor.

—¿Adónde? —quise saber.

—Es una orden. Obedezca.

Había algo seco y amenazador en su tono. Miré de soslayo a Howard Sanders. El joven teniente había vuelto a alzar la cabeza. Hizo un gesto de abatimiento.

—Te lo dije —comentó—. Nos vigilan... Hablaste de más, Steve.

Apreté los labios. Lo cierto es que las cosas empezaban a tenerme perfectamente sin cuidado. Me erguí y caminé resuelto hacia los dos militares.

—Está bien —dije—. Vamos allá. ¿Dónde es la ejecución?

Si pensaron que era un chiste, no les hizo gracia. Me escoltaron. Me escoltaron corredor adelante, hasta el ascensor. Salimos del edificio. Cruzamos un sendero asfaltado, entre *jeeps* militares y patrullas formadas. Me condujeron al Pabellón Central, dedicado al alto Mando de la Base.

Iba de sorpresa en sorpresa. Poco después, un oficial ancho y macizo me recibía. Llevaba el mismo gris uniforme del comandante Cordell. Me saludó con rigidez y* me invitó a sentarme ante él. Vi que tenía sobre su mesa de trabajo un televisor portátil y un receptor de radio, ambos apagados. Me estudió sombríamente.

—Soy el ayudante personal del comandante Cordell —dijo con aspereza—. Capitán Barney Hawks, de Seguridad Paramilitar.

—¿Seguridad? —repetí la palabra con cierta ironía—. Empieza a sonar extraña esa palabra actualmente...

—Si es una broma, le diré que tengo poco sentido del humor, Farr —me cortó fríamente—. Y la situación no se presta a ello

tampoco.

—Perdone. ¿Existe algún motivo para haber querido verme ahora, señor?

—Existe, sí. Usted dijo algunas cosas poco aconsejables, en su apartamento.

—Creo que podría repetirlas ahora, a la vista de los hechos. Imaginé que esos procedimientos quedaban siempre para el "enemigo" —y subrayé esa palabra con ironía.

—Por desgracia, Farr, la propaganda muchas veces es engañosa. Y todos utilizamos parecidas técnicas cuando de la seguridad nacional se trata. Aunque eso ahora le suene a sarcasmo sangriento. Hemos de tomar rígidas medidas contra todos. Hasta el último residente en esta base está sometido a vigilancia. Nosotros nos vigilamos a nosotros mismos.

—¿Servirá eso de algo, señor? Lo peor ha sucedido ya. ¿Puede evitarse desde aquí que el mundo se termine?

—No, Farr —negó rotundamente, con gesto ensombrecido—. No podemos hacer nada de eso ya. Es demasiado tarde. La nube se expande sobre la Tierra rápidamente.

—¿La nube?

—Mire eso. En el panel que tiene frente a usted —presionó una tecla de un aparato situado sobre su mesa, parecido a un intercomunicador. Se iluminó el muro ante mí, con los colores azul, ocre y verde del planeta Tierra, visto en un mapamundi amplísimo y minucioso.

Sobre el ciclorama iluminado, descubrí una especie de vapor, o nebulosa, dibujando una forma oblonga, alargada, que como un sutil tentáculo, parecía ir abrazando al planeta en su sentido longitudinal. También se extendía paulatinamente en sentido de latitud planetaria.

—Eso que ve usted ahí, Farr..., es la nube. La materia en libertad. El gas. El Producto Omega. Su expansión es inexorable. Y se producirá de un modo total en cosa de veinticuatro a treinta horas. Sólo ese tiempo le queda de vida al mundo. Luego... será como si nunca hubiera existido. ¿Lo entiende ahora?

—Sí, señor —mi voz sonó rota, muy ronca. Miré, alucinado, aquella mancha luminosa, sobre el mapamundi gigantesco. Me estremecí al ver lo que cubría, como una enorme sombrilla alargada

—: ¡Dios mío...! Nueva Orleáns, Nueva York, las Azores, las Bermudas, Washington... ¡y parte de la Europa occidental!

—Exacto, Farr. Todo eso... ya, prácticamente, no existe. Es decir, vería usted ciudades desiertas, campos agostados, cosechas fulminadas, aguas envenenadas, millones de peces, de aves, de animales muertos... Y de personas aniquiladas sin saber siquiera cómo ni por qué... Vea esto ahora. Es una emisión de la televisión neoyorquina, captada por nuestras antenas, y grabada en videotape...

Pulsó un botón del televisor portátil. Se iluminó la pantalla. Me incliné ávidamente sobre el rectángulo azulado. El color era imperfecto y confuso, la imagen sufría distorsiones, pero era bastante nítida.

Un locutor hablaba ante las cámaras, con gesto demudado, temblando los papeles en sus manos casi espasmódicamente:

—Señores... Son las últimas noticias de Florida y de Georgia, Virginia y Alabama... En todos estos puntos, las aves caen sin vida desde gran altura, los animales agonizan en campos, calles y domicilios, y las bajas humanas son constantes y se cuentan ya por millares. Se espera de un momento a otro que el Gobierno de los Estados Unidos, refugiado en un lugar secreto, resuelva al respecto, y decida si ha sido un ataque bacteriológico de una potencia extranjera, o un trágico fenómeno ajeno a la voluntad humana. Caso de ser cierta la primera posibilidad, los países del Este serían inmediatamente atacados con misiles nucleares y... —se interrumpió el locutor, tomando otro papel, angustiado, y añadió con celeridad—: ¡Un momento, señores! Tenemos nuevas noticias..., y parece que nuestros equipos técnicos han logrado establecer contacto con equipos móviles desplazados al sur de Nueva York, y vamos a recibir las primeras imágenes directas del horror que azota a nuestro mundo...

Hubo un zigzagueo de imágenes, y se estableció la conexión. Me incorporé, aterrado, estremecido por la angustia y el pánico. Mis ojos se clavaron en aquellas patéticas imágenes, dignas del peor apocalipsis imaginable...

Era la forma de muerte que menos hubiera imaginado para nuestro pobre planeta. La peor de todas, porque ni siquiera era un holocausto nuclear, era una destrucción masiva, un caos de ruinas y

de sangre.

No había ruinas. Ni sangre. Ni ruido. Era la muerte silenciosa, agazapada, traicionera e implacable…

Las cámaras tomaban calles donde la gente se agitaba, aferrándose la garganta con ambas manos, desorbitados sus ojos, violácea la piel, como si les faltara el aire… Acá y allá, gatos con el pelo erizado maullaban, agitando frenéticos sus patas al aire, y algunos perros se revolcaban hasta quedar inmóviles en el asfalto.

Una mujer joven pretendía salir de su automóvil, para buscar aire fuera, tropezaba con unos cadáveres y terminaba por caer, boca abajo, con su cara convertida en una máscara de dolor y agonía. Ahora eran dos hombres los que corrían, como si más allá de aquel lugar hubiera un modo de continuar viviendo. No tardaban en caer inertes, rígidos, con sus últimas convulsiones.

Otro se precipitaba sobre un escaparate, destrozando con su impacto, y desde algunas ventanas, caían personas a la calle, estrellándose en el asfalto, quizá impulsadas por un último afán de buscar oxígeno fuera de las aberturas de sus viviendas.

Luego, de súbito, la imagen se distorsionó al caer la propia cámara por tierra. Junto al objetivo, un brazo de hombre golpeó el asfalto, y quedó inmóvil. La transmisión se cortó.

El locutor, lívido, anunció, enjugándose el sudor de su rostro:

—Señores, como ven ustedes, la emisión ha cesado trágicamente con la muerte de nuestro cámara. La atmósfera letal ha alcanzado ya Battery Park, y eso significa que nos quedan pocos minutos de vida a todos… Es mejor rezar y esperar, por si Dios nos concede un milagro, antes del fin. Y si no…, hermanos todos…, hágase su voluntad…

El locutor de televisión dejó caer sus papeles, y él mismo cayó de rodillas, patéticamente, ante las cámaras de los estudios, comenzando una oración que, quizá, sería la última de su vida.

Cerrose el televisor. Volvió a apagarse la luz de su pantalla. Reinó un pesado silencio, que mi interlocutor quebró con un breve comentario:

—Ahora, escuche la radio. Tenemos sintonizada una emisora de la Marina, frente al delta del Mississippi. Es un navío especial, dotado de equipos con máscaras y ropas antigás. Es la única estación-puente que nos conecta con todas las demás y nos va

dando informes que quedan grabados y pasados inmediatamente a la computadora central, para recopilación de datos y posible hallazgo de remedios para protegernos cuando la nube llegue sobre Nevada. Escuche, Farr, por favor...

Escuché. Entre ruidos e interferencias extrañas, capté los sonidos de la radio. Me agité en mi asiento a medida que oía el ruido del oleaje, los motores del buque y la voz del informador situado a bordo, transmitiendo de forma monocorde:

—...las novedades, por el momento, siguen siendo escasas, como ya dije. Las emisoras de radio y televisión de Nueva York se silenciaron ya totalmente. No hay señal de vida en las ondas. Tampoco recibimos mensajes de Washington. Sólo hay una línea de emergencia en funcionamiento, desde el refugio secreto del Gobierno y el Presidente de la nación, en un lugar desconocido. Pero el último mensaje recibido es pesimista. Lo repetimos para Base Experimental Cero: "Aquí hay dificultades. El refugio atómico está dotado con filtros para posibles armas bacteriológicas. Desgraciadamente, los filtros parecen insuficientes para el Gas Omega. Empieza a detectarse una pérdida de oxígeno preocupante. Hay indicios de que el gas letal entra en el refugio. Si esto continúa, y los técnicos no logran reparar debidamente el fallo... estamos perdidos. Tendríamos vida escasamente para unas pocas horas. Caso de suceder así, ustedes, Barco K., traten de localizar algún puesto de mando nacional. Si no fuera así, tomen el mando y decidan."

Tras un silencio, el locutor del navío se apresuró a informar:

—Un informe de nuestros especialistas nos indica que están empezando a flotar ya grandes peces de las profundidades. Eso indica que el gas llega hasta regiones abisales, envenenando la totalidad del agua marítima. Los síntomas son catastróficos y... ¡Un momento! Los indicadores de a bordo señalan algo grave. Parece que nuestros equipos antigás no son lo bastante eficaces. Algunos de nuestros hombres empiezan a obrar extrañamente, como intoxicados... Si esto fuera así, se demostraría sin lugar a dudas que NO HAY REMEDIO POSIBLE contra el Gas Omega.

Cerró de golpe la radio, furioso. Estaba muy pálido, ahora Se inclinó, abatido, sobre la mesa. Me miró con tristeza, amargamente.

—¿Se da cuenta? — jadeó—. Ese barco era nuestra única esperanza. La única, Farr... Los técnicos de la base estaban

trabajando ya en la preparación de indumentarias y máscaras del mismo tipo para todos cuantos poblamos esta área... Si eso se confirma en pocos minutos, se dará orden de anular los preparativos y dedicarse a otra cosa. De momento, hemos extendido una campana magnética especial, capaz de detener los elementos gaseosos sobre la Base, pero dudo que resulte si, al precisar oxígeno, con éste entran partículas del gas letal...

—Fue un buen invento el que hicieron, ¿no, capitán? —murmuré amargamente.

—Eso ya no tiene remedio —se irritó—. Era una prueba. Una más. Al ver su peligrosidad, se ordenó destruirlo. Nadie podía pensar en el error humano, en la rotura del recipiente, camino ya de su destrucción...

—Lo entiendo, señor. Ya me he dado cuenta de cuan terrible es escuchar una radio o ver la televisión. Creo que me percato de los motivos para censurar todo eso. Hay quien enloquecería al imaginar a sus seres queridos en tal trance...

—Me alegra que lo entienda. No quiero derrotistas en la Base. Es el momento en que no hay lugar para reproches ni deserciones. Tampoco para críticas ni censuras a nadie. Hemos de luchar unidos, aunque todo pueda ser inútil.

—Muy bien, señor. No pienso desertar, pero... pero, sí me disgusta que se nos vigile y espíe incluso íntimamente, como si fuéramos enemigos o sospechosos...

—¿Enemigos... sospechosos...? —el capitán me contempló fijamente—. No sé si ése es el término adecuado, Farr. Pero podría replicarle a todo eso con una sola objeción: estamos haciendo justamente lo que debemos hacer. Y existen motivos para ello. Motivos graves, de última hora.

—Temo no entenderle, señor.

—Quizá éste mensaje recibido por télex hace muy poco tiempo, le permita entenderlo —dijo, tendiéndome un papel escrito.

Lo tomé. Lo leí, incrédulo, asombrado:

"COMPROBADO QUE LA REMESA DEL GAS LETAL TRATO DE SER INTERCEPTADA POR AGENTES ENEMIGOS INFORMADOS PREVIAMENTE POR UN TRAIDOR O ESPÍA. EN LA PROTECCIÓN DEL ENVIÓ MORTÍFERO, SE PROVOCO INVOLUNTARIAMENTE EL ESCAPE FATAL."

—Una traición… —murmuré, dejando caer el mensaje—. Hubo un informe al extranjero…

—Sí, la hubo, Farr. Y lo grave es que NADIE, excepto el personal de esta Base, conocía el alto secreto de ese envío. Por lo tanto, creo que ahora sí entenderá la razón de que todos ustedes sean espiados minuciosa e implacablemente. Porque UNO DE USTEDES es el traidor o el espía, al servicio de la potencia extranjera que provocó el desastre…

CAPITULO IV

—UN traidor... ¡en la Base!

—Eso dijo el capitán Hawks. Y parecía cierto. El mensaje así lo insinuaba.

—Cielos, no logro creerlo... —Sanders sacudió la cabeza, con estupor—. Una traición... para provocar ese caos horrendo.

—Piensa que nadie sabe nunca lo que un arma aniquiladora puede provocar. Sólo querían obtener un secreto científico y militar. Una gran arma psicológica, en caso de confrontación política o incluso bélica... Nadie esperaba el fallo humano, la rotura de los envases especiales, la fuga del gas...

—Sí, te entiendo —me miró fijamente—. Pero la traición existe.

—Existe, sí —afirmé—. He visto una serie de datos de un *dossier*. Es tremendo. Nadie salvo el personal especializado de la Base, conocía el alto secreto. Nadie, excepto aquí, fue informado de la remesa del gas letal, exceptuando al propio Presidente y a dos altas personalidades de la Casa Blanca. Por tanto, el resultado es obvio: uno de NOSOTROS fue el informante.

—Pero..., pero entonces hay un espía enemigo, alguien que no es lo que aparenta...

—Eso es. Lo hay. De ahí la vigilancia estrecha, el control riguroso...

—Bueno, puede que tenga cierta lógica en los que, como yo, llevan ya algún tiempo en este lugar. Pero tú, Steve... tú no estabas entonces aquí, no cuentas en esas sospechas absurdas...

—Tal vez sí cuente —dije, pensativo.

—¿Cómo? —me miró Sanders, asombrado—. Sólo llevas aquí un par de meses...

—Es suficiente —suspiré—. Hace un mes que salió de aquí la

remesa misteriosa, los residuos del experimento Z. Es decir, el Gas Omega... Y para entonces, yo estaba aquí ya. Pude conocer los hechos, aunque confieso que no fue así. Por lo tanto, entro en la lista de sospechosos, ¿te das cuenta?

—¡Sospechosos! —repitió Sanders con amargura—. Cielos, ¿qué nos puede importar ya eso a estas alturas? Creo que es lo de menos. Un puro disparate. ¿Qué cuenta lo que sucedió o por culpa de quién sucedió? Lo cierto es que... ya nada existe, fuera de aquí. Que el mundo se va agotando por momentos...

Miré a Sanders. El no lo sabía bien. No había visto la televisión. Ni escuchado la radio. Pero no sería yo quien le hablara de eso. No, sabiendo que tenía familia fuera. No, sabiendo cómo se encontraba. Que se enterase más tarde. O que no se enterase nunca, ¿qué diablos importaba ya eso?

—Hay esperanzas —dije.

—¿Esperanzas? —me miró, como se contempla a un demente—. ¿De qué esperanzas hablas?

—De... de nosotros, claro —tragué saliva—. De allá fuera no puedo opinar. No sé cómo van las cosas. Ni lo que hacen los supervivientes, los países amenazados. Casi nadie sabe nada a ciencia cierta. Y quien lo sabe, calla. La censura, ya sabes ...Cuando las cosas van mal en alguna parte, se implanta una censura. Y ojos que no ven... No es justo, ni siquiera decente. Pero tampoco creo que ellos pretendan que lo sea.

—¿Qué esperanza puede haber para la Base? Queramos o no, formamos parte del mundo. Las alambradas electrificadas no sirven de mucho frente a la amenaza de un gas letal...

—Claro. Pero están probando cosas. Muchas cosas. Tenemos a los mejores técnicos e investigadores. Es de suponer que harán algo, que encontrarán algo...

—Si tienen tiempo —Sanders sacudió la cabeza—. Y tiempo, Steve, me temo que es lo que más falta va a hacerles para salvar lo que quede de la pobre Humanidad rota... despedazada, hecha migajas por... ¡por un puñado de locos, insensatos, estúpidos e irresponsables que se creyeron dioses, dueños del mundo, amos de vidas y haciendas, o poco menos!

—¡Eh, eh, Howard, eso no! —le corté vivamente, recordando la sutil red de escuchas y de vigilantes que teníamos por doquier. Fui

hacia él con rapidez—. Todos hemos tenido algo de culpa en esto. Olvidamos muchas cosas que ahora se vuelven contra nosotros. No reproches nada a nadie, compréndelo. No conduciría a nada. Ni tendrías razón.

—Mientes, Steve —me cortó rudamente Howard, incorporándose violentamente—. Mientes, y lo sabes. Ellos te han convencido. Es..., es como un "lavado de cerebro". Sí, maldita sea. Todos son iguales: fascistas, comunistas o personas pretendidamente libres...

—¡Howard! grité—. Ya basta, ¿no crees? ¿Es que has bebido, acaso?

—¡Sí! —aulló—. ¡He bebido, Steve! ¡He bebido! ¿Por qué no? ¿Acaso la falta de alcohol va a impedirme morir como una rata fumigada, dentro de pocas horas? ¿Crees que el seguir las ordenanzas, ser disciplinado, honesto y sobrio hará más dulce mi muerte? ¿Hay que rodear de más mentiras esta miserable farsa a que nos condujeron los amos y señores de la ciencia y del poder?

Era inútil hacerle callar. No resultaba posible. Vi la botella de whisky al pie de la cama. Era una falta a las ordenanzas interiores, pero entonces eso era ya lo de menos. Algo de estaba descomponiendo por momentos. Quizá nosotros mismos, nuestra entereza... Yo mismo hubiera bebido media botella de buena gana, en estos momentos. Para olvidar muchas cosas. La televisión, entre otras. Las imágenes en videotape, la muerte de Nueva York, la nube mortal sobre Battery Park...

—Te comprendo, Howard —murmuré—. Te comprendo... y te disculpo. Sólo espero que "ellos" también lo entiendan, cuando estén viéndote y oyéndote. Después de todo, decir lo que se siente, sea bueno o malo, no significa que uno sea espía. Como tampoco lo significa que uno, ¡maldita sea!, tenga necesidad de salir y tomar un poco de aire, un poco de algo, incluso emborracharse quizá... Aunque le envíen directamente a una celda... vale la pena faltar por una vez a la disciplina. Al menos, es lo que yo creo...

Y sin añadir más, abandoné la estancia. Me importaba ya muy poco todo lo que me rodeaba, incluso aquellos ojos y oídos invisibles que unían mi vida, mis palabras y mis actos al comandante Cordell, al capitán Hawks y a los malditos paramilitares de la Base. Si querían pensar que un tipo era espía,

sólo por sentirse irritado y por desear beberse un trago fuera de horas... ¡allá ellos! Mi vida y mi suerte me importaban un cuerno. Si es que ya todo eso tenía algún valor, que lo dudaba...

* * * *

Me sorprendió verla.

Sobre todo, siendo las tres y media de la mañana, y en la cafetería del edificio residencial. La miré, pensativo. No estaba seguro de su identidad, a pesar de su breve sonrisa, y preferí estar seguro:

—¿Bárbara? —pregunté.

—Sí —ella se echó a reír de buen grado—. Ya veo que conoce a Betty...

—Compartimos un experimento esta noche. Primero pensé...

—Que era yo —Bárbara movió su cabeza afirmativamente, y me invitó a sentarme frente a ella, en la mesa de la vacía cafetería—. Lo imagino. No me acordé de decirle que éramos gemelas. ¿Un café, Steve?

—Sí, no irá mal. Pensaba emborracharme. Supongo que eso será más saludable... si es que la salud importa ya algo.

—Sé a lo que se refiere —bajó la mirada un momento—.—. ¡Cuánto han cambiado las cosas desde nuestro último encuentro!, ¿verdad?

—Sí, mucho. Tanto, que todos debemos parecer ya diferentes, Bárbara.

—¿Por qué diferentes? No éramos mejores ni peores antes de esto...

—Entonces, la vida era una promesa latente. Algo a lo que todos teníamos derecho. Y ahora... —sacudí la cabeza—. Ahora, ya no sabemos nada. Ni esperamos nada.

—La muerte siempre llega, tarde o temprano. ¿Importa mucho cómo sea, Steve?

—No sé. Imagino que debería importar —me senté frente a ella —. Pero empiezo a dudar de todo y de todos. La gente ya no es la que era. ¿Cambiaremos mucho los demás?

—Quizá demasiado —sentenció ella—. Dicen que si se resquebraja lo más sólido, las estatuas se derrumban por sí solas. Y eso es lo que sucederá. No se fíe de los hombres que parecen duros y fuertes. Quizá sean los primeros en caer.

—Es muy posible —miré en torno, al vacío local—. ¿Tiene permiso especial para estar aquí a estas horas, Bárbara?

—Lo tengo, sí. El profesor Bryand tiene influencias. Eso siempre ayuda —me miró, pensativa—. ¿Usted también?

—No —negué, rotundo—. No tengo permiso alguno. No podía dormir. Tengo los nervios alterados. Y opté por venir aquí.

—Eso no es reglamentario. Pueden arrestarle. —Claro. Espere que lo hagan. ¿Qué importa morir en la habitación o en una celda? Eso no cambiará las cosas.

—¿Está desesperado? —¿Usted no?

—Debería estarlo —murmuró tristemente—. Sé lo que siente. Me hice a la idea de no mostrar mi debilidad ante nadie, ni siquiera ante mí misma. No es agradable morir joven. Ni saber que todos los demás murieron. Pero eso ha sucedido. Y está sucediendo. Hay que hacerse a ello, sea justo o injusto, porque lo que nosotros pensemos no arregla las cosas.

—¿No ha pensado en rebelarse?

—¿Rebelarme? —se encogió de hombros—. ¿Para qué? ¿Ir a golpear a los demás, gritar, insultar, clamar contra los presuntos culpables? Todos somos responsables de esto: la sociedad, los Gobiernos, los pueblos, la humanidad toda. ¿A quién pedir culpas ahora?

—No sé —me encogí yo.de hombros ahora—. Tal vez a una sola persona. A un espía.

—¿Un... espía? —se sorprendió, mirándome con asombro—. ¿Qué dice?

—Bueno, un traidor, si lo prefiere. Usted. O yo, Bárbara. O el profesor Bryand, o mi compañero Sanders... O el propio jefe supremo de esta Base, ¿quién sabe? Uno de nosotros, en suma. Un espía que informó a otro Servicio Secreto. Una filtración culpable. Un mensaje. Una traición que va a costar..., la vida del mundo.

—¿Habla en serio?

—Totalmente —asentí, pidiendo café con un gesto al camarero de servicio de noche—. Está oficialmente confirmado. Hubo un traidor aquí.

—¿Cuándo?

—Hace cosa de un mes, cuando se notificó la salida del gas letal.

—¿A quién dio ese informe?

—No lo sé. Una potencia extranjera. Siempre hay alguien interesado en robar secretos científicos o militares, armas secretas y cosas así. En sí mismo, no tiene gran trascendencia. Nunca la tuvo. Pero ahora…, fue diferente. Alguna vez tenía que serlo. Y nos tocó a nosotros.

—¿Cómo pudo transmitir la información? Aquí, todo está controlado…

—Eso, ni los Servicios de Inteligencia y Seguridad lo saben. Es un misterio. Pero se hizo, y es lo que cuenta.

Me sirvieron el café. Lo bebí en silencio, sin siquiera ponerle azúcar. Pasó una patrulla militar por el exterior. Nos miraron a través de los cristales. Yo les miré a ellos con tal indiferencia, que dieron por sentado que llevaba permiso especial, y no entraron a solicitarlo.

Miré a Bárbara mientras ella, distraída, parecía pensar sobre muchas cosas. Di leves golpes con la cucharilla en el recipiente plástico del café. Trataba de imaginarme en un momento cualquiera, en un sitio cualquiera, sin nada trascendente a mi alrededor. Y, sin embargo…

—Quisiera saberlo —dije de repente.

Bárbara se sobresaltó. Alzó la cabeza. Me miró fijamente.

—Saber… ¿qué? —preguntó.

—Quién fue el culpable. El responsable directo de todo. Si ese gas hubiera llegado a su destino, se hubiera destruido sin dejar rastro. Esa traición… costará cientos de millones de vidas. El destino mismo del mundo.

—Sí, lo entiendo. ¿Importa mucho eso, Steve? Sea quien sea el culpable… morirá con nosotros. Con todos nosotros. Sería inútil pretender vengarse.

—No es venganza —repliqué—. Es… justicia.

—¿Justicia? ¿No va a ser igual para todos?

—Eso es lo injusto, Bárbara. Preferiría que, con unas horas, unos minutos de antelación cuando menos… el responsable fuera acusado, condenado, ejecutado… Que supiera lo que es morir antes que los demás, sin el consuelo de que todos desaparezcan a la vez…

—En resumen, viene a ser lo mismo, Steve. En pocas horas.., todos habrán tenido la misma suerte.

—Quizá. Pero es una cuestión de estricta justicia humana. Daría

algo por conseguir eso, Bárbara. Y voy a intentarlo. Por mi mismo.

—¿Usted? —me miró, asombrada—. ¿Intentar? ¿El qué?

—Cazar al criminal —dije secamente—. Al traidor. Dar con él, sea quien sea. Sé los miles de personas que somos en esta Base. El poco tiempo de que disponemos. Pese a todo, lo intentaré. Ya me tiene perfectamente sin cuidado*lo que suceda conmigo. Si es preciso, quebrantaré normas, romperé reglamentos, faltaré a disciplinas... Son cosas que empiezan a perder su verdadero sentido, su valor real. Todo es relativo, Bárbara. La vida misma lo es. Y la Muerte iguala muchos conceptos, rompe muchas cosas que creíamos indestructibles. Voy a jugar mi baza final. Lo único que puede hacerme sentir algún afán de supervivencia, algún deseo por seguir vivo, por luchar, por sentirme humano, con sangre, con palpito vital. Ya no hay experimentos. Ni pruebas. Nunca encontrarán el medio de luchar contra la muerte que se nos viene encima, y ellos lo saben. De modo que no hay esperanzas. Moriremos en breve plazo. Como la gente de Nueva York, de Washington, de Miami, de tantos y tantos lugares del mundo.

—Y por todo eso, usted piensa en luchar por algo... todavía —musitó Bárbara.

—Sí —la miré fijamente—. Aunque sea por algo que no tenga mucho sentido para usted. Deseo morir luchando. Es algo inútil. Pero hermoso.

—Steve... —Bárbara Doyle miró hacia mí con rara expresión—. ¿Se da cuenta de que hablamos de morir con la mayor naturalidad? ¿Como si ya nada importara demasiado? Y es lo cierto. Lo que nos rodea, ha dejado de tener sentido. Pudimos ser unas personas felices, tener un futuro, algo por que vivir y luchar, aunque sólo fuese un hogar, unos hijos... Quizá usted tuvo una chica con quien pensó en casarse..., y yo un muchacho que me gustaba para marido. Ahora, todo eso carece de sentido. Es algo vacío y roto. Y algo que ya no significa nada...

—Bárbara, yo no tengo novia ni prometida. Vine aquí a servir a mi país lealmente —la miré con fijeza—. La vi hoy, y me gustó usted. Me sentí atraído por sus encantos, por su persona. Tal vez no la ame. Hay quien dice que para eso hace falta mucho más tiempo. No lo sé. Pero me atrae cada vez más. Bárbara, usted... usted pudo ser esa esposa con la que todo hombre sueña.

—¡Steve!

—Y yo pude ser su esposo. No, no me conteste. Sé que sería inútil divagar sobre eso, hacerse ideas grotescas sobre algo que pudo ser y nunca fue. No hablemos ya del mundo. De un mundo que, para nosotros, nunca existió ya...

—Steve, ¿de veras hubiera sido capaz de casarse conmigo? —me preguntó ella, muy fija su mirada en mí—. ¿Lo hubiera hecho, de seguir todo normalmente?

—Sí, Bárbara —admití—. Creo que lo hubiera hecho. A ciegas. Felizmente.

—Es raro, Steve...

—¿Raro? ¿El qué?

—Lo que nos sucede... —extendió inesperadamente sus manos sobre la mesa de la cafetería, y las puso sobre las mías, impulsiva—. Yo... yo también le hubiera amado. Sí, Steve. Creo que hubiera sido capaz de amarte tanto... como para ser tu mujer sin pensarlo dos veces.

—¡Bárbara!

—Té sorprende, ¿verdad? —sonrió, oprimiendo mis manos—. Tal vez sea la inhibición de los prejuicios, la ruptura con lo establecido. Pero me gusta hablarte sinceramente. Me atraes, me gustas terriblemente. Quiero ser tuya. Y que seas mío... Steve, no hay reglamento alguno que me prohíba decirte que te amo, pedirte que seas mi esposo. Y si tú lo quisieras .. nos casarían. Seríamos marido y mujer, Steve.

—Marido y mujer...

—Sólo por unas horas, claro —su sonrisa se hizo amarga—. Quizá un día o dos. No más. ¿Sería suficiente felicidad para ambos, Steve? Tú y yo... marido y mujer. Bastaría ir ahora, decirlo oficialmente. Nos casarían en el acto, dada la situación. Es absurdo, pero...

—Absurdo, pero maravilloso —asentí con energía—. Sí, Bárbara. Vamos.

—¡Steve! —abrió mucho sus hermosos ojosˆ. ¿Estás seguro de que deseas...?

—¿Casarme contigo? —afirmé, retundo—. Sí, Bárbara. Vamos ya. Pidamos licencia de matrimonio de urgencia. Nos la concederán. Y las horas que falten para morir... serán más hermosas con un afán

de vivir: ser feliz..., y hacerte feliz a ti.

—Sí, Steve. Eso es más hermoso que desear la muerte de alguien.

—Nosotros somos la vida, Bárbara. La vida, que se nos escapa de entre los dedos como si fuese agua... —me incorporé, rodeé la mesa, la tomé en mis brazos—. Vamos ya. ¿A qué esperamos? Seamos marido y mujer, Bárbara... Ahora mismo, si tú quieres.

Y ella quiso.

Nos apresuramos a abandonar la cafetería. Expusimos nuestros deseos al primer soldado de guardia que hallamos. Pasó la solicitud a su jefe de patrulla, y éste telefoneó a control militar.

Momentos más tarde, llegábamos a la capilla de la Base, con una autorización especial del comandante Cordell. El reverendo Stillman nos casó en ceremonia breve e íntima.

Así fuimos marido y mujer Bárbara Doyle y Steve Farr.

El más rápido y extraño matrimonio, quizá, en toda la historia del mundo. Y, desde luego, el último sobre la faz de la Tierra. Era un triste y extraño récord el nuestro...

Justamente al amanecer, desperté.

Bárbara dormía junto a mí, mal envuelta en las sábanas del lecho nupcial. La miré, casi asombrado. Me costó varios segundos recordar todo lo demás. La decisión, la boda, la feliz y rápida madrugada de novios...

Un momento después, supe lo que me había despertado. Me erguí rápidamente, con sobresalto, y cubrí como buenamente pude el cuerpo desnudo de Bárbara con las ropas del lecho, sin que ella despertase de su profundo sopor.

Dos soldados armados, con casco de acero, esperaban en la entrada al alojamiento provisional que las autoridades militares nos concedieran tras la ceremonia nupcial. Entre ambos, vi a un hombre que recordaba muy bien.

Vestía de gris, era fornido y no muy alto, de duras facciones agresivas. Empuñaba una pistola automática al hablarme, como si no hubiera advertido siquiera la presencia de mi joven y flamante esposa:

—Lo siento, señor Farr —dijo el capitán Hawks, fríamente—. Está arrestado oficialmente. Se le acusa de traición. Usted es el espía que informó a agentes extranjeros del envío del Gas Omega...

Por supuesto, tenemos todas las pruebas imaginables contra usted. Será ejecutado inmediatamente, conforme a la ley marcial en vigor…

CAPITULO V

EJECUTADO.

Yo iba a ser ejecutado por traidor. Por algo que no había hecho.

Era inútil todo. Bárbara acababa de prestar su breve declaración, que no sirvió de mucho. Ella no podía avalarme, porque apenas si nos conocíamos, al margen de nuestro rápido matrimonio. El profesor Bryand, su jefe, sólo me conocía por una experiencia, la primera en la Base. Betty, la hermana gemela, declaró con su habitual frialdad, negando conocerme en absoluto, salvo por un breve incidente durante el Experimento X.

Sanders, mi compañero de habitación, estaba borracho. Aun así, gritó y protestó, proclamando que yo era inocente, y bastante mejor persona que él y muchos de la Base. Se le envió a una celda por desacato, pero eso fue todo.

Me quedé solo. Mis compañeros provisionales en la Base, así como mis jefes más directos, poco pudieron hacer por mí. Me conocían poco. Yo era un tipo simpático y cordial, según todos, con un excelente coeficiente de inteligencia. Y eso contaba, al parecer, en mis posibilidades como espía. Podía ser capaz de engañar a todos. Y de tener una doble personalidad. Sí. Mi propio *test* psicotécnico lo avalaba.

De todos modos, eso no significaba nada. Yo esperaba las acusaciones concretas, los motivos de esa implicación gravísima que me hacía reo a la última pena. El fiscal era precisamente, el capitán Hawks. Y el presidente del tribunal sumarísimo, su superior, el comandante Milton Cordell.

Intenté comprender lo mejor posible sus palabras, cuando empezó la acusación contra mí, y eso que no era nada fácil. Sobre todo, después de haberse escuchado por un altavoz de la sala de

procesamientos un mensaje emitido por el centro de información de la base:

—Noticias recibidas desde la Unión Soviética confirman que Kiev, Leningrado, Minsk y Moscú, han sido exterminadas en las últimas horas, sin que se registre un solo superviviente, animal o persona. Los mares y océanos son auténticos amasijos de peces muertos, y la oleada mortífera se entiende ya ampliamente sobre la zona oriental de la URSS, así como sobre Mongolia y China. El pánico en la India y el sur de África, ante las noticias filtradas pese a los esfuerzos de las autoridades por evitar el caos, conducen ya a la anarquía total, y hay masacres en ciudades, aldeas y carreteras, en el afán por huir de lo irremediable. Los barcos provistos de equipos antigás están silenciándose de modo paulatino. Ello significa que los sistemas convencionales de lucha antibacteriológica son totalmente nulos. Australia y Nueva Zelanda informan de una normalidad momentáneamente absoluta, aunque los pronósticos más optimistas fijan en veinticuatro horas su subsistencia. La nube letal sigue agrandándose en todos los sentidos, rodeando al planeta y mezclándose con su aire respirable. En cuanto a nuestra Base, será alcanzada posiblemente dentro de doce horas como máximo. Ello significa que antes de medianoche deberemos prepararnos para lo peor… aunque nuestros técnicos y científicos trabajan denodadamente, contra reloj, para evitar que el gas llegue a nosotros. Tengamos fe… y esperemos.

Ahí terminaba el mensaje de última hora, transmitido aquel mediodía a toda la base de Nevada. Lo escuchamos todos en silencio. Luego, se reanudó el proceso contra Steve Farr, acusado de traición a los Estados Unidos de América. Y, desde luego, ninguna traición, ni tan siquiera la histórica de Benedict Arnold, podía compararse con esta de ahora. Porque solamente una vez en la vida de los hombres, un traidor podía vanagloriarse, si es que ello era posible, de haber causado, con su falsedad, la muerte del mundo.

De un mundo que ya no existía, y que nunca parecía haber existido, en torno nuestro, más allá de aquellas alambradas que eran nuestras fronteras, nuestro límite entre la vida y la muerte. Una divisoria quebradiza, que se despedazaría brutalmente a la medianoche, como máximo…

—¿Se considera el acusado culpable o inocente del cargo de alta

traición contra su patria? —preguntó fríamente el comandante Cordell.

—Inocente, señor —repliqué vivamente—. No sólo eso, sino deseoso de encontrar al verdadero culpable, y hacerle morir antes de que mueran todos los demás… ¡aunque sea matándole con mis propias manos!

—Será mejor que el acusado limite sus declaraciones a responder escuetamente a lo preguntado —avisó Cordell con acritud —. Bien: admitida su manifestación de inocencia, ruego al fiscal que prepare su acusación contra el reo.

—Muy gustosamente, señor —afirmó el capitán Hawks—. El acusado, Steve Farr, fue sometido, como todos, a una exhaustiva investigación por parte de nuestros controles, así como a una vigilancia intensiva de sus actos. Se confió inicialmente en él, por ser de la nueva promoción de especialistas en experimentación, pero luego, factores vitales demostraron que podía ser culpable de espionaje en favor del extranjero. Así, cuando un misterioso mensaje transmitido hace justamente un mes, fue identificado por nuestro funcionario de Transmisiones, Ralph Baker, como obra de Steve Farr, supimos que habíamos dado el primer paso sobre la culpabilidad de Farr en el asunto.

—¡Falso! —rugí—. ¡Yo no tengo familia! ¡Nunca transmití mensaje alguno a nadie, desde que llegué a esta Base!

—Muy bien —sonrió fríamente mi acusador. Se volvió a un policía militar—. Llamen al testigo Ralph Baker, de Transmisiones.

Fue el momento en que comencé a ver claro el desastre. Alguien había resuelto acusarme a mí de espionaje. Y no estaba solo en el juego. Ralph Baker era un canalla. Un cerdo.

Confirmó que yo le había dado el mensaje. Me identificó sin lugar a dudas, pese a mis protestas e injurias. Se me obligó a callar. Expertos en grafología dijeron que yo era el autor del texto original entregado a Baker. Vi que era una perfecta falsificación de mi letra, pero no pude demostrarlo en modo alguno.

Luego… llegó lo peor. La declaración del segundo testigo de cargo. Asombrado, oí su nombre en labios de mi acusador, el capitán Hawks:

—¡Betty Doyle! ¡Testigo de cargo!

La hermana de Bárbara entró en la sala, ante mi estupor. Sólo la

había visto una vez en mi vida, cuando la confundí con su hermana en la sala de experimentos. Sin embargo, su declaración fue concreta al señalarme, acusadora:

—Sí, es él. Steve Farr. Nos conocimos a poco de llegar aquí… Hubo algo íntimo entre nosotros que, dada su relación actual con mi hermana Bárbara, con quien ha contraído matrimonio, no sería justo ni honesto mencionar… Entonces, sin querer, le hablé de… de la última experiencia realizada aquí, sobre el gas letal. También mencioné el sistema de seguridad que el profesor Bryand había montado electrónicamente, en torno a la caja especial en que llevaban el gas a su destrucción… Cuando ha ocurrido todo eso, estuve segura de lo que sucedió. Farr… ese traidor utilizó mi ingenuidad para informar al enemigo de nuestro país… ¡Sólo él, por culpa mía, supo el plan secreto que el profesor Bryand, ustedes y la Seguridad Nacional habían montado para destruir ese gas mortífero! Personalmente, admito mi responsabilidad en el asunto… y aceptaré gustosamente mi castigo.

—Esa mujer miente —murmuré atónito—. ¡Yo nunca tuve contacto alguno con Betty Doyle! Y su hermana Bárbara, mi esposa en la actualidad… la conocí justamente ayer… ¡Tienen que creerme! ¡Es ella la que miente! ¡Si ella sabía el plan secreto para sacar de aquí ese gas letal… ella tuvo que ser quién informó al auténtico traidor, no a mí! ¡Acúsenla a ella de traición! ¡Es responsable, y quiere eludirlo, señalando a un inocente!

Mis jueces y acusadores me contemplaron con absoluta frialdad, como si todas mis protestas les importaran a todos muy poco y ni siquiera las tuvieran en cuenta.

Luego, tras un silencio, el comandante Cordell me dijo ásperamente:

—Si de veras quiere salvar su vida de la ignominia y no ser declarado culpable, Steve Farr, busque otra defensa mejor. Sepa que, por desgracia para usted, Betty Doyle no es sólo auxiliar del profesor Bryand en sus experimentos de electrónica… sino también nuestro principal agente de Inteligencia dentro de esta Base…

* * * *

Todo había resultado inútil.

Me sentenciaron a muerte. La sentencia se cumpliría a las tres de la tarde. De ese modo, tras la muerte del supuesto espía, la

población del área prohibida de Nevada tendría sus ocho o nueve horas de vida para prepararse a su final, luchando mientras tanto, en una titánica e inútil pugna contra el reloj, por hallar un medio de destruir o alejar de sí la nube mortal que[1] iba envolviendo la Tierra de modo inexorable.

El testimonio de Ralph Baker había sido importante. Pero el de Betty Doyle era definitivo. En vano esperé que Bárbara acudiera en mi ayuda. Me informaron que se había encerrado en su propio alojamiento, sin querer saber nada de mí, ni tampoco de su hermana Betty. Después de la alusión a la "intimidad" entre Betty y yo, no tenía nada de extraño. Ella no tenía por qué creer más en mi palabra que en la de su hermana. El hecho de que ésta fuese miembro del Servicio de Inteligencia Militar de la Base era también una baza decisiva, de cara a mi condena inapelable.

Lo terrible no era eso. Era pensar que Baker mentía, que ella mentía... y que, mientras tanto, el auténtico espía y traidor seguía vivo, impune..., esperando morir como todos los demás. O salvarse con ellos, si el milagro casi imposible llegaba a realizarse...

—Steve, de veras lo siento —me dijo Sanders, contemplándome a través de los barrotes de la celda—. Sé que eres inocente. Y no puedo hacer nada por evitarlo..., por salvar tu vida.

—No te preocupes —suspiré—. Ya todo está a punto de terminar. Dentro de una hora estaré muerto. Pero no vais a sobrevivirme mucho los demás. Es un pobre triunfo el del traidor que buscó mi condena...

—Pero Steve, ¿de veras crees que Baker y la hermana de Bárbara... mintieron?

—Lo sé, Howard. No trato de convencerte a ti. Lo sé yo, y eso basta. No le des más vueltas. Del mismo modo que dije que lucharía con todas mis fuerzas por desenmascarar a ese cobarde, digo ahora que ya nada vale la pena. Todo se desmorona a nuestro alrededor, Howard. El mundo, prácticamente, está silencioso. En Australia deben de estar agonizando ya. Y en las Hawai, y en Canadá... ¿Cuánto tardará en llegar aquí la muerte?

—Steve, si eso fuera cierto, si hubiera un traidor que no fueses tú..., significaría que tiene cómplices: Betty Doyle, Ralph Baker, de Transmisiones...

—Ó que uno de ellos es el traidor, y el otro su cómplice —

remaché amargamente—. ¿De qué sirve hacer deducciones ya? No conducen a nada, Howard.

—Pero si tú mueres antes, si te ejecutan..., significará que habrán matado a un inocente. Y un culpable, el culpable de la muerte de mis hermanos, de mi familia, de mis amigos todos..., ¡estará libre, esperando morir dignamente, como yo y como otros!

—Sí, Howard —sonreí tristemente—. Nadie puede evitarlo.

—¿Nadie? —dudó—. Yo podría...

Se detuvo. Le miré expectante. El me miró a mí, con un brillo raro en sus ojos.

—Tú podrías... ¿qué, Howard? —quise saber.

—Nada —bajó los ojos—. Nada, Steve. Debo irme ya. Espero... espero que todo sea breve y piadoso, amigo mío. Adiós. Y perdónanos a todos, si realmente eres inocente... ' —Tú estás perdonado —suspire"—. Y otros muchos.

Me tendió su mano. La oprimí con calor. Algo se me quedó contra la palma fría y sudorosa, adherido a mi piel. Supe que era cierta cosa que Howard Sanders de* jaba en mi mano. Miré vagamente en derredor, buscando ocultos objetivos de televisión, enigmáticos ojos electrónicos acusadores... No vi nada. Sanders se iba ya rápidamente. En mi mano apretada quedaba *algo*. Algo plano, pequeño, misterioso.

Algo que, tal vez, significaba la libertad y la vida. Una libertad y una vida que sólo duraría ocho o nueve horas más, en el mejor de los casos.

¿Y qué importaba eso? El caso era luchar, seguir viviendo. Y descubrir a un traidor. A un canalla que causó la masacre del mundo entero...

INTERLUDIO

DIOS mío...

Así sucedió todo. Ahora lo recuerdo muy bien. Ha sido una terrible prueba. Y ha venido a culminar en esto: mi evasión.

Mi evasión y la muerte. La muerte de dos seres humanos...

Se acerca la noche. Oscurece. Sólo nosotros sabemos lo que la oscuridad significa. Es algo más que la noche. Mucho más. Es... la última noche del mundo. Cuando amanezca, ya no existirá nadie en la Base. Ni en ninguna otra parte del planeta. En ningún sitio.

Desde el momento en que Howard Sanders me visitó, dejando algo entre mis dedos..., ¿qué ha sucedido para ir a parar a este momento de ahora? Quisiera recordarlo bien, con todo detalle.

Es difícil, porque resulta confuso, precipitado, dramático... Porque es una historia de violencia. Y de muerte. Tuve que matar. De no hacerlo, ellos lo hubieran hecho conmigo. Y yo quería vivir. Vivir, para acabar con el auténtico traidor. Con el monstruo que ha provocado este desastre mundial, absoluto, definitivo...

Sí. Creo que puedo recordar los últimos, los definitivos momentos de mi lucha por algo que apenas si merece ya ganarse. Pero que es lo último que puedo conseguir antes de la muerte. Justicia. Quizá venganza, no sé. Lo que sea. Pero debo alcanzarlo. Y morir después, tranquilo conmigo mismo, con mi conciencia, con los demás...

Sí... Después de aquella visita postrera del joven teniente Sanders... sucedió todo lo demás. No es fácil de olvidar...

* * * *

Apenas me quedé solo, tuve ardientes deseos de ver qué contenía mi mano. Pero hubiera sido un error mirar, abrir los dedos para contemplar aquello que Sanders dejara en la palma de mi

mano.

Yo intuía que incluso allí, en mi celda de condenado, podía haber ojos electrónicos o bien objetivos de televisión ocultos, para seguir los más mínimos movimientos de Steve Farr. el presunto traidor.

De modo que me tendí en mi litera, boca abajo..., y entreabrí la mano cubriendo ésta con mi propio cuerpo, de modo que solamente yo podía ver lo que contenía. 'Yo, y nadie más.

Me quedé estupefacto. Era un objeto plano, pequeño, apenas mayor que una caja de fósforos. De material oscuro, dotado de un botón en un extremo, y de unos orificios en el otro.

Podía servir para cualquier cosa. Personalmente, no supe qué podría ser. Sospeché por un momento si Sanders desearía dulcificar mi final, dándome algo letal, capaz de provocar mi suicidio, para no ir a la ejecución. Si era así, estaba en un error. Yo aceptaba mi suerte hasta el fin,

Me incorporé en la litera. Miré al exterior. El guardián paseaba, imperturbable, por el largo corredor que se hallaba al otro lado de la puerta de barrotes metálicos. La cerradura era de absoluta seguridad, de tipo magnético, sólo posible de abrir por medio de algún sistema igualmente magnético, pero no con llaves ni cerraduras convencionales.

Sin saber lo que resultaría de todo aquello, pero consciente del escaso tiempo de que disponía para vivir, alcé el objeto diminuto en mi mano. Lo apunté hacia el guardián y la puerta, ignorando totalmente lo que sería capaz de hacer, ni la utilidad que Sanders esperaba que pudiera yo obtener de ello. Sencillamente, apunté. Y presioné el resorte del extremo.

Sucedió algo increíble. Parpadeé, asombrado, preguntándome si ello era posible. La puerta de barras de metal pareció ondular súbitamente, lo mismo que la figura del guardián armado. Fue como una imagen en un espejo bailoteante, deformando las cosas. Duró cosa de un instante.

Luego, de súbito..., se disolvió.

Sí. Se disolvió en simples instantes. Como si nunca hubiera habido puerta. Ni guardián.

¡Ambos habían desaparecido, diluidos, hechos invisibles por aquello que yo proyecté sobre ellos! Atónito, me incorporé de un

salto. Corrí a la puerta. Esperaba tropezar con ella, hallarla allí, sólida, pero imposible de ver. Crucé con pasmosa facilidad y me encontré en el corredor. No sucedió absolutamente nada.

Por un extraño fenómeno, ni siquiera sonaba la alarma, quizá bloqueados los circuitos de transmisión con la celda. No vi el menor rastro del guardián. Palpé el vacío, horrorizado. Un hombre volatilizado. Disuelto. El, su uniforme, sus armas... Todo.

Era escalofriante. Miré el pequeño objeto oscuro. ¿Un desintegrador de materia? La posibilidad erizó mis cabellos, mientras avanzaba rápidamente por el corredor. Si era así, yo había MATADO a un hombre, a un soldado, a un centinela encargado de mi custodia.

Resultaba terrible, pero sabía que, de surgir la oportunidad, mataría nuevamente, con la simplicidad diabólica de aquel pequeño artefacto misterioso. Haría lo que fuese, con tal de no caer nuevamente en manos de mis verdugos y acusadores.

Ahora sí. Ahora, si era ejecutado al ser capturado por ellos, tendrían toda la razón del mundo. Era culpable de asesinato. De un asesinato ya. Y quizá no sería el primero.

Quería escapar. Luchar. Vivir, tal vez, a pesar de lo relativo de esta palabra, en las circunstancias delirantes que me tocaba vivir. Supe que era ya mitad hombre, mitad animal. Terminaría por ser solamente esto último. Así es, cuando se lucha por la supervivencia. Cada minuto de vida era precioso para mí.

Pero, sobre todo, quería llegar al culpable, al auténtico traidor. Y si lo desenmascaraba, si descubría su identidad..., entonces sí mataría de nuevo gustosamente. Entonces volvería a apretar aquel resorte de muerte que desintegraba cosas y personas.

Estaba ya en el final del corredor, justamente delante de otra gran puerta enrejada, de acceso al exterior, cuando mis oídos captaron el sonido ululante de una lejana sirena.

Mi fuga había sido descubierta.

Apunté a la puerta principal, sin vacilar. No podía saber si aquel artefacto poseía cargas para más de una acción. Su invisible, silencioso rayo aniquilador, brotó sin duda de nuevo cuando presioné el botón de disparo. La puerta osciló, serpenteó como si fuese un espejismo... y dejó de existir.

Por el enorme hueco formado en su superficie metálica, mientras

las sirenas aumentaban su sonido, avancé rápido hacia el exterior. Allá, frente a mí, apareció un oficial provisto de un fusil ametrallador y casco. Se quedó mirándome con asombro, en el patio de la prisión donde ahora me hallaba, frente a una serie de pequeños automóviles de motor eléctrico, muy rápidos y manejables, para circular por el interior del área prohibida a grandes velocidades.

—¡Alto, Farr! —gritó roncamente—. ¡Alto o disparo!

Le miré, con frialdad, casi con indiferencia. Entre mis dedos estaba el misterioso objeto. Apuntándole precisamente a él. Oprimí el resorte. Era su vida o la mía. No me sorprendió ya ver su oscilación siniestra, el bailoteo extraño de su figura, como una imagen reflejada.

Y desapareció. Se disolvió en la nada.

Dos hombres ya. Dos víctimas. Dos asesinatos a sangre fría, pensé, estremecido, aterrado por mis propios instintos destructores. Pero ya estaba hecho. No había remedio. Eché a correr. Me precipité en el interior de uno de los vehículos eléctricos. Oía lejano rumor de pisadas. Fuertes pisadas de botas militares a mis espaldas. Sin volverme, puse en marcha el automóvil. Arranqué a gran velocidad. Un muro de metal y cemento me detenía. Apunté hacia él, una vez más.

El desintegrador de materia actuó. Un enorme boquete se abrió en aquella superficie sólida de la prisión. Me lancé como un demente por las carreteras asfaltadas del interior de la Base, huyendo del conglomerado de edificios, buscando la proximidad de los bosques y zonas de espesura de la zona.

Las sirenas sonaban ya por doquier. La búsqueda había comenzado febrilmente. Tenían que dar caza a Steve Farr. acusado de traidor a su país. Ahora, mi trabajo consistía en huir, en ocultarme, en no ser aprehendido nuevamente.

Y estaba dispuesto a realizarlo hasta el fin.

* * * *

Sí. Los recuerdos se agolpaban en mi mente mientras pasaba ahora el tiempo, y era batida por las tropas el área completa, en busca mía. Agazapado en la espesura, confiaba en no ser hallado, en seguir libre, dueño de mi vida por el momento, aunque eso tuviera un rápido e inexorable final...

Mientras permanecía oculto entre los arbustos, unos vehículos militares se detuvieron no lejos de allí. Capté la voz que difundían sus altavoces:

—Atención, atención… A toda la Base. Steve Farr sigue sin ser hallado. Cualquiera que se encuentre con ese hombre, sea cual sea su situación, que tire a matar. Es peligroso. Muy peligroso. No le permitan utilizar lo que lleva consigo. Parece confirmarse que alguien le ha proporcionado un arma letal, un pequeño proyector de desintegrador de materia, un elemento peligrosísimo y aniquilador, que alguien robó de esta Base, posiblemente un cómplice del traidor Steve Farr… Ese proyector posee suficientes cargas para aniquilar a muchos seres humanos. No se pongan a tiro de él. Y si lo hacen, disparen antes de que él mueva una sola mano… Atención, atención…

Se alejaron los vehículos. Seguía repitiendo su mensaje de alerta. Me quedé agazapado, confuso, lleno de asombro, con aquel adminículo dé muerte en mis manos. Un arma desintegradora, quizá un pequeño rayo destructor de átomos… Un invento genial, dado su tamaño. Robado por alguien… ¿Por el traidor, acaso?

La sospecha se abrió paso en mi mente con celeridad: ¿era Sanders el traidor?

El me había facilitado la fuga, pero a cambio de convertirme en un criminal, en un evadido acosado por toda la Base… Podía haber sido un favor, o todo lo contrario. Ya no estaba seguro de nada…

* * * *

No. No estoy seguro de nada. Absolutamente de nada…

Ha oscurecido. La noche cae ya sobre la Base, y no he sido hallado. La muerte está cada vez más cercana. He captado algún mensaje difundido por altavoces, no hace mucho. Ya ni siquiera hablan de mí…

Decían que el silencio en las bandas de radio era total. Que no se emiten sonidos desde ningún lugar de la Tierra. Eso significa… lo peor.

El mundo ha terminado. Así. Súbita, brutalmente. En sólo unas horas…

Quizá quede algún pequeño reducto perdido. Como nuestra Base. Y poco más. Decían por los altavoces que, momentáneamente, la barrera magnética establecida en la atmósfera que rodea esta

zona, funcionaba satisfactoriamente. El gas letal no penetra, pero flota ya sobre nosotros, a gran altura. Cuando descienda, se verá la realidad. De momento no hay filtraciones. El aire es perfectamente respirable. Pero faltan unas horas para la medianoche, el plazo fatal previsto por los científicos.

Creo que a las diez van a probar algo, un último y desesperado experimento de los científicos de la Base. Si resulta, hay posibilidades de supervivencia. Pero tan escasas… Ni ellos deben tener fe en que eso resulte.

Yo no he encontrado aún al traidor. Pero voy a intentarlo. Sí. Lo intentaré ahora mismo. En cuanto salga de este boscaje, ya de noche cerrada…

* * * *

No sé cómo he llegado hasta aquí sin ser visto ni detectado por esa maldita red de espionaje que funciona aquí dentro. Quizá se haya relajado un poco en su rigurosidad. Tal vez empiecen a pensar que ya no hay nada que valga la pena.

Acabo de pasar por un detector de seguridad de la Base. Tenía una indicación en cifras rojas. El aire se está contaminando paulatinamente. Y son solamente las nueve menos diez minutos de la noche. De la última noche del mundo. De nuestra última noche.

Es un mal síntoma. Y ahora se confirma. Un altavoz cercano está transmitiendo un informe oficial por toda la base:

—…y la prueba deberá ser anticipada a las nueve y quince minutos de esta noche, ya que los últimos indicios detectan una alarmante filtración de gas letal a través de la red magnética que protege nuestra Base. Los últimos mensajes llegados de Nueva Zelanda y de Hawai se recibieron hace exactamente tres horas. Eran definitivos. La despedida de esas pobres personas, por si alguien era capaz de escucharles. La pesadilla llega a su fin. Me temo…, me temo que sólo quedamos con vida NOSOTROS en todo el planeta… No deseo que desesperen. No debe cundir la locura ni el pánico. Sé que sabrán comportarse. Pero tampoco exijo de ustedes una fe que luego pueda resultar defraudada. No confíen demasiado en los resultados de la prueba. Las posibilidades de supervivencia son mínimas. Si el índice de contaminación sigue a este ritmo, antes de las once de la noche habremos llegado al grado máximo soportable. Y llegará el fin. Ruego permanezcan en sus alojamientos. Esperen.

Pidan a Dios que sea lo más leve posible. Seguiré informándoles cada cinco minutos.

Siguió un silencio de muerte. Ni una voz, ni un sonido. Como si toda la base, súbitamente, estuviera vacía, muerta.

Incluso las tropas están acuarteladas, sin duda. Todos esperando su suerte, inmóviles, acomodados. Como personas civilizadas. O como los animales cuando ven llegar su fin. Acurrucados. Indefensos. Unos llorando, otros rezando, los más preguntándose estúpidamente por qué..., por qué..., POR QUE...

Nadie me impide entrar en el edificio. Ni caminar sigilosamente hacia sus dependencias. Realmente, no sé siquiera lo que busco. Mis pasos me han traído aquí, eso es todo. Me dejo llevar por mi instinto. Poca cosa más debe quedar en mí en estos momentos...

De repente, me detengo. Allí está... Rodeado por sus computadoras, por sus grandes ingenios electrónicos, incapaces de darle una respuesta, sin duda. Agotado, reclinado sobre los tableros de controles. El profesor Bryand... La notabilidad mundial de cibernética, el genio de la electrónica. No le dieron respuesta sus máquinas. Los datos acumulados fueron inútiles. La fórmula de salvación no llegó. Se le ve el fracaso. Se nota su derrumbamiento total, absoluto.

Ni siquiera me acerco a él. No vale la pena. Es mejor dejarle solo con su fracaso supremo. Con su desaliento final. Sigo avanzando, guiado por ese mismo raro instinto que mueve esta noche mis pasos, agudizado quizá por la proximidad de la muerte.

¡Allí está ella! Mi corazón palpita. Dios mío, ¿será posible? ¿Ha sido sólo eso lo que me ha movido hasta aquí, lo que me ha guiado hacia... hacia la mujer a quien amo, de quien me separaron brutalmente, en este amanecer último de la Humanidad?

—Bárbara ...—susurro, sin poderme contener.

Ella gira la cabeza. Deja de manipular en su computadora personal. Me mira. Fría, larga, silenciosamente. Casi no hace falta que hable. Pero lo hace:

—No soy Bárbara —dice.

Otra vez ella. La otra. La mujer fría y desapasionada. Tan igual a Bárbara. Y tan diferente, sin embargo...

—Debí comprenderlo —murmuré—. ¿Y tu hermana? ¿Dónde está?

—No sé —se encoge de hombros—. Por ahí. En cualquier sitio. Llorando por ti. O por todos nosotros.

—Betty… ¿Qué haces aquí? ¿Qué esperas lograr? —avanzo hacia ella.

—¿Yo? —se echa a reír—. Nada. Vigilo. Ya sabes que soy del Servicio de Inteligencia. Esta máquina es la encargada del control. Computadora destinada a coordinar ojos electrónicos, objetivos de televisión, micrófonos y todo eso…

—Ni siquiera detectaste mi presencia en este pabellón.

—Ya no importa mucho. He anulado la mayor parte de sus actividades. No merece la pena vigilar un cementerio. Los muertos no causan problemas. Y dentro de poco, eso seremos todos nosotros.

—Pero tú sabes que yo soy un traidor, un espía evadido… Fue la sentencia, ¿no?

—No sé cómo te evadiste —se sonrió, fríamente—. Pero imagino que alguien te ayudó… Fue una lástima. Ya estarías muerto, Farr.

—¿Tanto me odias? Yo no soy un traidor.

—Claro que no lo eres —me miró con ironía—. Siempre lo supe.

—Cielos. Entonces… mentiste —acusé—. ¡Me levantaste una falsa acusación, Betty Doyle!

—Tenía que hacerlo… para protegerme yo misma —suspiró ella.

La miré, asombrado. La sospecha se abrió paso en mi mente. Y no era la primera vez.

—De modo que eres tú… ¡Tú fuiste la informadora! I Por tu culpa sucede todo esto! ¡Cometiste TU la traición!…

—Sí. Steve Farr —asintió Betty Doyle glacialmente—. Yo lo hice. Lamento las consecuencias. No era eso lo que esperaba, sino servir a quienes me pagan, en quienes creo…

—Una traición que costó un mundo.

—Fue un simple accidente. Pudo haber sucedido cualquier otra vez. El error no estuvo en el que provocó la ruptura del recipiente. Ni en mí, que traicioné a mi gente. El error está siempre en crear cosas así. en imaginar medios de destrucción, en haber hecho *stocks* de armas letales. Unos y otros fueron siempre iguales. Ciegos, estúpidos y locos. Ahora, todos pagamos el auténtico error. No me reproches nada.

—¿Reprocharte? —sacudí la cabeza—. Ya no puedo hacerlo. He matado…

—Lo sé. Esa arma que llevas... es un proyector de luz desintegradora. Un rayo invisible, como los infrarrojos. Pero mortal. Desintegra átomos, moléculas... Basta un delgado rayo de esa luz que el ojo humano no capta... Destruye miles de veces más que un láser, y es tan manejable como un encendedor. Otra de las deliciosas creaciones de nuestros sabios asesinos... Tú y yo no somos los peores, matemos o traicionemos, Steve Farr. Sólo utilizamos lo que ellos crearon y pusieron en nuestras manos...

La miré en silencio. Casi me daba pena. Yo, que había pensado en matarla. Betty Doyle también me contempló a mí con aire fatigado. Apagó las últimas teclas iluminadas de su computadora. Un raro silencio nos envolvió, sin zumbidos electrónicos ni sonidos de ninguna actividad.

—¿No vas a buscar a tu esposa, Steve? —me preguntó, con calma, encendiendo un cigarrillo parsimoniosamente.

Me ofreció y tomé uno. Lo succioné con avidez. Hacía horas enteras que no saboreaba el tabaco siquiera. Había estado demasiado en tensión para ello. Ahora, de repente, mis nervios se relajaron. Era como aceptar lo inevitable. Como ceder bruscamente, sin ganas de luchar contra lo imposible. Sin odios ni rencores. Sin amargura ni dolor. Con la mente y el ánimo vacíos. Y quizá la conciencia también.

—Juré matar al traidor cuando supiera quién era —dije, con voz ronca.

—Lo supongo —me miró despacio—. ¿Llevas aún contigo ese desintegrador?

—Sí, lo llevo.

—Tiene carga sobrada para acabar conmigo y con lo que me rodea. Utilízalo.

—¿Para qué? —sacudí la cabeza. Busqué en mis bolsillos. Tiré la pequeña placa negra sobre el tablero de la computadora, indiferente —. Ahí está. Utilízalo tú, si quieres. Puedes hacerme añicos, polvo impalpable. No lucharé. No me resistiré más, Betty.

Ella me miró. Rozó con sus dedos el objeto fantástico. Los retiró vivamente. Sacudió la cabeza.

—Nadie tiene ganas de luchar ya —comentó—. Creo que, a veces, morir es una agradable experiencia, aunque sea la última...

—Todavía nos queda una esperanza. Hablaron de... del

experimento de las diez. Será a las nueve quince.

—¿Qué más da eso? No resultará. Es un fracaso, y ellos lo saben. Todos lo sabemos. La muerte ya está aquí. Bien segura de su presa...

—Sí, creo que tienes razón —la miré tristemente— Bien. Te dejo, Betty. Voy a tratar de dar con... con ella. Con Bárbara. La buscaré. Me gustaría..., me gustaría...

—Te entiendo —suspiró. Cerró los ojos y fumó despacio—. Sí, debe ser hermoso morir junto al ser querido. Muy hermoso. Debe ayudar tanto... Yo, por desgracia, nunca amé a nadie, Steve... Te deseo suerte. Busca a mi hermana. Ella te necesita, sin duda. Adiós...

—Adiós, Betty —la miré, antes de alejarme. Sin odio ni rencor. Sin nada.

Luego caminé hacia el exterior. Ni siquiera miré hacia Bryand esta vez. El indicador me señaló que crecía gravemente el grado de contaminación. Ni siquiera llegaríamos con vida a las once...

Caminé por la base vacía, entre hojarasca y papeles sueltos, que el viento agitaba. El aire del desierto no mejoraría las cosas. Haría entrar el gas a oleadas. Pero eso importaba muy poco ya...

Seguí buscando a Bárbara. Era lo único que me movía ya en el mundo, como un autómata. Lo único que mantenía despierto mí ánimo, mi fe en los minutos siguientes. Incluso grité su nombre:

—¡Bárbara! ¡Bárbara!...

Ya importaba poco que fuese localizado. No me arrestarían. No harían nada conmigo. Ya no valía la pena, y ellos lo sabían.

Nadie salió a mis voces. Nadie respondió a ellas. Corría, corría, gritando un nombre amado, una y otra vez:

—¡Bárbara! ¡Bárbara!...

Ni siquiera un rostro asomó a las ventanas iluminadas. De pronto, algo aleteó sobre mí. Alcé la cabeza. Vi oscilar en el aire a la paloma. Luego, cayó.

La vi retorcerse en tierra, agitar sus alas en espasmos. Finalmente, quedó inmóvil. Rígida. Sentí picor en mi garganta. Irritación en los ojos. Tosí. Llevé mis manos al cuello. Abrí la boca, buscando oxígeno.

Recordé la emisión televisada desde el sur de Nueva York. La gente que caía en las calles... Temblé, ante la sola idea de que iba a morir. A morir sin remedio..., ¡solo! Sin Bárbara cerca de mí...

—¡Bárbara! —grité aún, con voz rota, tambaleándome, moviéndome pesadamente, tropezando en el cadáver de la paloma —. ¿Dónde… estás…?

Entonces la vi. Era ella. Venía corriendo hacia mí, desde uno de los iluminados pabellones. Yo corrí también hacia ella. Mis piernas estaban lentas y pesadas, como cuando uno intenta correr en una pesadilla. Ella miró a la paloma y comprendió. Aceleró su carrera. Cayó en mis brazos.

—¡Steve, o Steve! —gimió—. Al fin… nos encontramos.

—Sí —musité—. Al fin, Bárbara.

La besé. Me besó. Nuestros labios se apretaron, unidos en un contacto que impedía el acceso del oxígeno a los pulmones. Y también del gas mortal…

No sé lo que duró aquel beso. Sólo sé que fue el último del mundo. Y que al separarnos uno de otro, unidos sin embargo en un fuerte abrazo…, las cosas se borraron por completo en torno nuestro.

Era la muerte. Había llegado ya.

Y la aceptamos. No había otro remedio.

Segunda Parte

EL DESPERTAR

CAPITULO PRIMERO

—PERFECTO, Steve Farr. Todo perfecto. Puede volver a su alojamiento en menos de diez minutos. Todo ha resultado bien.

Abrí los ojos. Me quedé mirando lo que me rodeaba. Al principio no estuve seguro de nada. Ni siquiera de que aquello estuviera sucediendo. De que yo fuese yo mismo. Y de que alguien me estuviese hablando con voz serena y confiada.

Luego, cerré los ojos. Recordé. ¿Era esto el tránsito entre la vida y la muerte? ¿Un espejismo con las escenas que uno ha vivido durante su existencia? ¿Una visión caprichosa de algún momento ya pasado?

—Vamos, vamos —dijo la voz—. No está soñando, Farr. Las impresiones han sido muy reales, pero eso ha terminado. Puede irse relajando. Ha sufrido usted mucho en estas pocas horas.

Volví a abrir los ojos. Miré fijamente a los que me rodeaban: el profesor Bryand, el comandante Milton Cordell... y dos mujeres exactamente iguales entre sí. Bárbara y Betty. Sonrientes ambas, aunque mucho menos cálida y amable la sonrisa de Betty Doyle.

—No... no entiendo... —balbucí, moviéndome en mi lecho de espuma.

Los cables y electrodos se agitaron en torno mío, como una sutil telaraña electrónica que unía mi cuerpo, mi mente y mis sentimientos a una fría computadora gigantesca, funcionando allá al fondo de la cámara a toda presión.

El profesor Bryand se dispuso a abrir la cápsula de material cristalino en cuyo interior permanecía tendido. Su voz me llegaba por unos comunicadores situados dentro del receptáculo.

—Lo entenderá muy pronto —sonó ahora la voz de Cordell—. Ha sido todo muy complicado, Farr. Comprendo su confusión. El

Experimento X ha terminado.

—¿Experimento X? —repetí, atónito—. Eso sucedió ya anoche...

—¿Anoche? —el profesor Bryand se echó a reír, consultando su reloj—. Mi querido amigo, usted entró en esta cabina a las once y pocos minutos de la noche. Ahora son, exactamente, las tres de la, madrugada de esa misma noche. Han pasado sólo cuatro horas escasas desde que usted entró ahí, amigo mío.

—Pero... pero todo lo demás... Yo salí de aquí... Me casé con Bárbara... Doyle... Luego, yo... yo fui acusado... ¡Yo maté!... Y el mundo..., el mundo todo... está muerto..., extinguido...

Hubo una amable carcajada del comandante Cordell. Se inclinó sobre mí, moviendo enérgicamente su cabeza.

—Todo eso, Farr..., NUNCA HA SUCEDIDO —dijo, con calma—. Ha vivido usted durante varias horas en un mundo QUE NUNCA EXISTIÓ, fuera de su mente.

Me quedé estupefacto, rígido dentro del cilindro cristalino.

—¿Qué quiere decir, señor? —pregunté roncamente.

—Su mente y su cuerpo han experimentado la realidad de unos hechos, de unos actos, de unas personas, lugares y situaciones que usted creía realmente que existían. Porque esa computadora imaginaba los acontecimientos, imitaba una existencia humana, y usted recibía esos impulsos en su cerebro. Usted mismo no era sino un simple impulso electrónico en un mundo inmaterial, hecho también de simples impulsos electrónicos.

—En suma, Steve —habló Bárbara, risueñamente,

mirándome a través del receptáculo cristalino—. Cuando usted creyó despertar de este experimento y volvió a su alojamiento, encontrándose previamente conmigo en la cafetería..., lo que hacía era introducirse en el falso mundo creado para usted, para Sanders y para mí esta noche, aquí en estas máquinas imitadoras de vida, de mundos, de muertes, de amores y de sentimientos humanos...

La miré, alucinado. Supe que decía la verdad. Y supe que ahora sí era el despertar de un sueño. El más horrible y real sueño jamás tenido por hombre alguno.

El regreso de un mundo que jamás había existido.

* * * *

—De modo que yo... nunca asesiné a nadie. Nunca tuve un desintegrador de materia. Nunca fui acusado de traidor. Nunca me

casé con Bárbara Doyle... ¡Nunca vivimos en un planeta que agonizaba! Nunca se perdió ese gas... ni el mundo peligró.

Howard Sanders me contempló sonriente, mientras fumaba un cigarrillo, y allá afuera, por el desierto, comenzaba a salir un poco de luz, de claridad matinal. Amanecía pronto en el desierto de Nevada en aquella época del año.

—No, Steve —dijo—. Nada de eso ocurrió jamás..., salvo en nuestras propias mentes. Teníamos los cuerpos en un estado de suspensión animada, como en hibernación, realmente. Nunca fuimos movidos de allí. Pero nuestro cerebro, nuestro propio ser, se transformó en una serie de impulsos electrónicos, viviendo en un falso mundo de hechos, escenas, sensaciones y cosas que nos parecían totalmente tangibles, reales, ciertas. Dolor, angustia, terror, odio, ira, pasión, amor, inquietudes... Todo simulado por medio de impulsos de una fría máquina. Pero nosotros, realmente, ACTUÁBAMOS así, ¿lo entiendes, Steve?

—Sí, creo entenderlo —afirmé—. La experiencia consistía en saber COMO actuarían los humanos, encarados a una situación límite, en este caso el propio fin del mundo y la espera de la muerte.

—Eso es. El profesor Bryand ha creado un campo electrónico tan perfecto que puede incluso reproducir formas de vida, de materia, de hechos..., aunque sólo sea en un terreno puramente de electrones. Es decir, nada es realmente FÍSICO. Pero nosotros lo vivimos, sentimos y experimentamos como un mundo perfectamente real.

—En una máquina se puede crear cualquier mundo, real o imaginado, conectar una serie de electrodos a un ser humano en reposo... y éste es trasladado así a un mundo que no existe. Y que, sin embargo, para él es tremendamente real, con auténticas dimensiones, con todo lo que el propio mundo posee...

—Sí, Steve. Bárbara Doyle, tú y yo éramos los objetos de tal experiencia. En cámaras separadas entre sí, tendidos en esos cilindros, fuimos sometidos a la prueba de enfrentarnos a una situación aterradora. Pero se nos daba total libertad de acción física y mental. Por tanto, todos obramos conforme hubiéramos obrado en la realidad.

—Ese era el objetivo de la experiencia...

—Exactamente. Ahora todo está registrado en un simple grabador magnético que almacena los hechos en la "memoria" de la computadora. Se estudiará eso por psicólogos, sociólogos y toda clase de personas especializadas, para ver el comportamiento humano en determinadas situaciones.

—Todo una prueba, un simple sueño imaginado... —murmuré, atónito—. Todavía no puedo creerlo, Howard. Era todo tan... tan real...

—Tuvo que serlo. Sé lo que sientes, porque yo viví lo mismo que tú. Y Bárbara convivió con nosotros, mental y físicamente, esa terrible experiencia. Lo único ficticio era el mundo creado por la máquina. Nosotros, hechos sólo impulsos electrónicos..., éramos NOSOTROS MISMOS.

—Y hubiéramos hecho lo mismo, caso de suceder así las cosas —murmuré. Alcé mis ojos y miré a Sanders, pensativo—. Gracias, amigo mío.

—¿Gracias? ¿Por qué? —enarcó él las cejas. —Por haberme entregado el proyector de luz desintegradora de materia. Salvabas mi vida, siquiera por unas horas...

—Cierto —rió él—. Lo bueno es que ese desintegrador ni siquiera existe. Lo imaginó la computadora, en su juego creador.

—¿Y... el Gas Omega? —pregunté, preocupado.

—También. Todo era una copia exacta de lo real y tangible. Pero la máquina añadió detalles importantes, para llevar más lejos nuestras reacciones. Recuerda que era un mundo imitado sobre un simple campo inmaterial de ondas electrónicas...

—Es difícil imaginarlo, pero lo entiendo —asentí, pensativo.

—¿Piensas en Bárbara Doyle y en tu boda con ella?

Alcé la cabeza. Miré, ceñudo, a Sanders, que reía de buena gana. Al final, yo también me eché a reír.

—Sí —admití—. Eso... también era *muy* real.

—Me lo dijo Bárbara —asintió Sanders—. Ella... ella era feliz en su mundo simulado... Incluso cuando llegaba la muerte, Steve.

—¿Eso te dijo? Yo también, Howard —bajé la cabeza, estremeciéndome—. Ni la muerte me despojaba de esa felicidad... Tal vez esté realmente enamorado de ella.

—Y ella de ti.

—Quizá —me encogí de hombros—. Ahora no es eso lo que me

preocupa y me aterra.
—¿Preocuparte? ¿Aterrarte? —se sorprendió Sanders—. Vamos, vamos. Duerme, Steve. Creo que estás necesitando dormir, descansar un poco, lo mismo que yo. Nos agotamos como si en realidad todo hubiera sido vivido.
—Tú lo dijiste. Y yo lo he entendido muy bien. Nada existía, pero en realidad LO VIVIMOS. Es un peligroso experimento, Howard.
—¿Peligroso? ¿Por qué? Hemos vuelto de él completamente normales, psíquicamente perfectos, físicamente en forma...
—Howard, eso me hace preguntarme si... si nosotros mismos, todos los humanos, este planeta, las formas y las cosas que nos rodean... no serán TAMBIÉN simples impulsos electrónicos, en una máquina mucho más gigantesca, movida por manos superiores, que ninguno imaginamos...
—¡Steve, qué loca teoría! —se asombró Sanders—. ¿Imaginas a Dios como un científico en electrónica?
—Hablo de otros seres superiores, quizá gigantes de otra dimensión, controlando nuestros actos en simples campos de electrones... Un universo SIMULADO, Howard, pongamos por caso... Y cada criatura, desde que nace hasta que muere..., una serie de impulsos intangibles, moviéndose en mundos falsos, sin forma ni solidez real...
—Espantoso. Y ridículo —bostezó Howard Sanders, tendiéndose en su cama—. Duerme, Steve, muchacho. Duerme tranquilo. Tenemos una semana de permiso. Podemos levantarnos bien avanzada la tarde. Cuando despiertes, habrás dejado de obsesionarte por esas ridículas ideas de humanidades imitadas por gigantes cósmicos... ¡Qué barbaridad, Steve! Ese experimento ha desorbitado tu imaginación, no hay duda. Ahora, felices sueños. Y más feliz despertar...
Despertar...
Lo cierto es que me dormí pensando en ese despertar. Confiando en que nunca más volviera a ocurrírseme una teoría tan fantástica e increíble. Como decía Howard, mi imaginación se había desbordado.
Me dormí más fácilmente de lo que había esperado. Y, ciertamente, dormí muchas horas.

Luego, cuando desperté..., hubiera querido seguir durmiendo.

Porque delante mío, con un proyector de luz desintegradora de, materia en su mano, estaba ella, Betty Doyle. Apuntándome directamente a mí. En mi propio dormitorio. El lecho de Howard Sanders estaba vacío, las ropas revueltas.

—Sí, Steve —dijo ella, con su fría voz hostil—. Ya utilicé una vez este proyector que pusiste tan estúpidamente en mis manos. Howard Sanders ha dejado de existir, de ser. Se ha convertido en polvo, en menos que polvo. En materia desintegrada para siempre...

Se erizaron mis cabellos. Me incorporé de un salto, mirándola con horror, esperando de un momento a otro la descarga mortal.

—¡Betty Doyle! —rugí—. ¡Esto NO PUEDE suceder!

¡Todo fue fingido! ¡Este mundo en que estamos ahora tú y yo... NO EXISTE NI EXISTIÓ JAMAS!

—¿Estás seguro, Steve? —me preguntó, con voz helada, extrañamente sardónica su sonrisa y la luz de sus ojos maliciosos—. ¿Cuál es el falso y cuál el verdadero mundo en que vivimos tú y yo... y todos los demás? ¿Crees que sueñas, acaso? No, Steve Farr. Este es tu despertar. Has vuelto. Has regresado PARA SIEMPRE AL MUNDO QUE NO EXISTE...

CAPITULO II

EL mundo que no existe…

Era cosa de locos. Algo demencial, sin sentido. Me incorporé. Betty Doyle no disparaba. Todavía no. Quizá estaba ensañándose conmigo, complaciéndose en mi propia agonía psíquica de esos momentos.

Ya en pie, miré a mi alrededor, aturdido. Corrí a la ventana, aparté el visillo.

Era de noche. Noche cerrada. Vi que el aire agitaba papeles y hojarasca en los senderos de la base desierta. Había cuerpos sin vida por doquier: palomas, aves de todo tipo. Y hasta algunos hombres. Soldados. Tendidos en diversas posturas. La muerte les había sorprendido, sin duda.

Alucinado, giré la cabeza. Miré a Betty, que sonreía casi siniestramente.

—No es posible… —murmuré—. La muerte…, la muerte ha caído sobre la base…

—Eso es. La muerte esperada, prevista. Ya ocurrió, Steve.

—Pero… pero eso no sucede. No ha sucedido… No existe el gas letal…, ni tampoco un espía en este lugar… Todo fue inventado, programado en una computadora… Se nos convirtió en simples impulsos electrónicos para *vivir* algo que no sucedía…

—Eso fue el experimento, Steve —me dijo Betty—. El mal de los experimentos ha sido siempre ése: que el hombre, nunca supo dominar ni controlar lo que creaba. Si es cierto que imaginaron un mundo inexistente, si se divirtieron como niños grandes, haciendo un juguete prodigioso, donde las personas y los acontecimientos se movían como muñecos a su mando, dócilmente…, ese juguete pudo volverse contra ellos. Y hacerse real. Terriblemente real, Steve.

—Mientes. ¡Mientes, Betty! —rugí, encarándome con ella—. ¡Todo esto es una farsa, una simple burla, una imitación de la propia vida! ¡Tú, yo, el propio Sanders, desintegrado…, existimos de OTRA forma, en un mundo que no es éste, aunque parezca idéntico! No sé cómo ha sucedido. Quizá alguien puso en movimiento esa computadora… y la pesadilla prosigue. Pero aun en el supuesto de que fuera así, Betty Doyle, esto NO sucedería. Porque lo mismo que todos esos hombres y animales de ahí afuera…, tú y yo estaríamos *ya* muertos…

—No, Steve. Las cosas pueden suceder como se desee, cuando un mundo es simulado, fingido en una computadora, recuérdalo… Algo se ha programado de modo diferente, ¿no lo entiendes? Tras la llegada del gas letal a la base…, al morir los primeros animales y seres humanos… inesperadamente, el experimento final, hecho a la desesperada, funcionó. El gas letal fue barrido, alejado de la zona. Y allí sigue, sobre un mundo vacío y silencioso, ya sin vida. Y aquí, nosotros… hemos salvado nuestras vidas milagrosamente. Justo a tiempo, Steve…

—¿Nosotros? —gemí—. ¿Quiénes somos exactamente NOSOTROS?

—Tú, yo…, quizá Bárbara.

—¡Bárbara! —la miré, angustiado—. Tu hermana… Ella… ella es mi esposa.

—Sólo en este mundo —sonrió Betty—. Recuérdalo, Steve. Sólo aquí, en el mundo que no existe…

—Enloqueceré… —me aferré las sienes, exasperado—. Ahora mismo debo ser objeto de una segunda experiencia, estoy seguro. De algún modo he sido trasladado mientras dormía a la cámara de pruebas del profesor Bryand, puesto en el receptáculo de vidrio, con los electrodos aplicados sobre mi cuerpo y mi cabeza…, y nada de esto sucede. La farsa continúa. Se me está obligando a vivir una situación límite otra vez. Es… es monstruoso, es inhumano… Una mente puede enloquecer, en este maldito juego entre lo real y lo fingido…

—Tú sabes que este mundo fue creado artificialmente. Pero no estás seguro de muchas cosas. Empiezas a preguntarte cuál es tu vida real y cuál la imaginaria que controlan las computadoras… Steve, lo cierto es que esto *está sucediendo*. Y que aunque tu cuerpo

repose en un sitio diferente..., tú estás aquí, mental y físicamente, hecho simple materia electrónica, moviéndote sobre un mundo hecho de sensaciones electrónicas, que para ti son completamente reales. Pero imagina... imagina que el juego va más lejos. Mucho más lejos. Que el mundo fingido es tan perfecto, tan igual al otro..., que cuanto suceda aquí, te sucede a ti realmente. Y si aquí vives, amas, matas o mueres..., en la realidad, tu cuerpo, tu mente... vive, ama, mata y muere. *Muere*, Steve, tenlo en cuenta. Y una vez MUERTO..., nada ni nadie hará resucitar tu cuerpo, tendido en un recipiente, sometido a una experiencia como ésta.

Seguí sus palabras tratando de no volverme loco. Era angustioso imaginarse fluctuando entre lo real y lo inexistente, sin ver ni adivinar ya la frontera entre ambos mundos. Del mismo modo que, al despertar en la cabina del profesor Bryand, todo lo anterior me pareció tan lejano y tan falso, ahora, lo terrible era que también mi propio mundo de siempre, aquel en que no existían gases letales ni mujeres despiadadas como Betty Doyle en este ámbito ficticio, me parecía remoto, inaccesible, quizá perdido para siempre en aquel juego demencial entre lo material y lo inmaterial.

—Dios mío —murmuré—. Quisiera despertar. Despertar de una vez por todas... y huir de este maldito lugar para siempre.

—Ya has despertado por última vez, Steve. Este es ahora TU mundo, te guste o no. No podrás evadirte de él. Ni yo tampoco. El experimento ha ido demasiado lejos, y ahora es imposible detenerlo. Trata de entender eso. Lucha por tu supervivencia con todas tus fuerzas, porque ahora todo depende de ti. Si mueres aquí, ahora..., habrás muerto realmente, no lo olvides. En una cápsula, tu cuerpo se quedará de súbito falto de vida. Y nunca sabrás, realmente, en qué mundo llegaste a vivir y morir.

Me serené. Traté de pensar con frialdad,, y casi lo conseguí.

En mi incursión anterior a aquel mundo enloquecedor que fuera creado por una computadora debidamente programada había luchado por mi vida y por mi libertad. Había estado enfrentado al terror, al peligro, había llegado a matar. Y a morir, incluso.

Bien. Esta vez tendría que ser igual. Imaginario o auténtico, era ahora MI mundo, y debía moverme en él". No sabía cómo terminaría aquel delirio, pero estaba decidido a que no fuese con mi muerte. Ni con la de un ser querido, como Bárbara. En esta

dimensión vital, ella era aún mi esposa. Y Betty volvía a ser la mujer implacable, la traidora capaz de engañar y de matar.

Yo sería el mismo Steve Farr que nunca hubiera querido ser. El acosado, el perseguido, el desesperado. La fiera más que el hombre. El zorro en el bosque, con la jauría detrás.

—Muy bien, Betty Doyle —me volví y la contemplé fríamente—. Estamos donde tú querías. Tienes el arma capaz de destruirme. ¿Por qué no lo hiciste ya? ¿Te ensañas con mi agonía, quizá?

—No pensaba en eso. Incluso puede que respete tu vida…, si tú estás dispuesto a hacer lo que yo te diga.

—¿Qué es ello? ¿Realmente me necesitas ahora para algo, cuando ya no existen siquiera tus colaboradores y amigos, los que te pagaron para traicionar a los tuyos?

Pronunciaba aquellas palabras como quien recita un papel en un escenario, sabiendo que en la vida real, Betty Doyle jamás fue una espía, ni existió esa traición. Pero yo no vivía ahora en la vida real, ni sabía cómo regresar a ella. Era una serie de ideas en movimiento, y muy poco más. Un cerebro proyectado a distancia, a través de una serie de electrodos, a un mundo imaginario, creado por una máquina. Pero existía la posibilidad de la muerte física real. Y era lo que quería evitar. Eso, y evadirme de allí. Escapar de esta dimensión ficticia, sin formas ni materia, por muy sólido y tangible que fuese todo a mi alrededor. Si me era posible regresar alguna vez a la vida normal, juré que destruiría con mis propias manos el invento del profesor Bryand.

Betty escuchó mis palabras con expresión indiferente. Luego, se encogió de hombros.

—Vas a colaborar conmigo ahora —dijo, secamente—. Tendremos acceso a muchas cosas que antes nos estuvieron prohibidas. Secretos de Estado, documentos, informes cifrados y todo eso… Yo no sabría resolver por mí misma tanto trabajo, tanta tarea compleja. Tú has sido especialmente preparado para muchas cosas. Puedes serme de gran utilidad ahora, Steve.

—¿Utilidad? ¿Para qué? ¿De qué nos servirán ya los secretos de Estado, los documentos y todo cuanto antes tenía una significado, Betty? —rechacé—. En este mundo muerto…, carece por completo de valor. Y en el otro, en el que tú eres una mujer normal…, no se puede dar utilidad alguna a lo que no existe.

—Es asunto mío la razón por la que deseo todo cuanto te he dicho. Ahora que estamos solos aquí, en un mundo muerto, deseo conocer todo lo que los gobernantes mantuvieron secreto durante estos últimos tiempos. Cosas tan valiosas que hubieran valido una guerra total o inmensas fortunas, caso de haber sido posible obtenerlas o hacerlas públicas...

—Gran cantidad de esas cosas se hallan en cancillerías y edificios del Gobierno, dispersos por el mundo, no en esta base, Betty —objeté secamente—. ¿Cómo podrías alcanzarlo, si el mundo entero está contaminado y muerto?

—Muerto, sí. Contaminado... sólo por breve tiempo —sonrió ella —. El gas letal está siendo combatido por el último hallazgo de nuestros científicos. Parece ser que también provoca una reacción en cadena, y desintegra las moléculas del Gas Omega, disolviendo su capacidad letal. En pocos días, podremos abandonar esta Base, siquiera por un tiempo..., y tener acceso a todo lo que te indiqué yo. Washington, Londres, París, Oriente Medio, la URSS, China... Todos me proporcionarán fabulosos secretos militares, políticos y científicos, que nadie imaginó jamás. ¡Cuanto conocieron los gobernantes de la Tierra será mío y estará en mis manos, Steve! Con tu ayuda, naturalmente. Mientras estés a mi lado, nada tendrás que temer, estate bien seguro...

—Creo que estás loca —murmuré—. Tu idea no conduce a nada. Ni siquiera puedes soñar con dominar el mundo. No tiene objeto gobernar un cementerio...

—En estos momentos, Steve, NOSOTROS somos el mundo —me dijo ella fríamente—. Tú, yo, mi hermana Bárbara, si sobrevive..., y muy pocos más. Todos los. que haya, están aquí, en esta Base. Calculo que no hay más de diez o doce personas con vida, en total.

—¿Crees que todos ellos colaborarán en tu loco empeño, Betty?

—Lo harán.., porque poseo el poder sobre sus vidas —dijo, sardónica.

—¿El poder? ¿Qué poder?

—Escucha, Steve Farr... No necesito desintegradores de materia para destruiros a todos, si ésa es mi voluntad —dijo ella, con voz aguda, llena de arrogancia—. Recuerda que éste es un mundo diferente, donde hay que saberse adaptar a las circunstancias y utilizarlas en favor de uno. Todos somos simples impulsos

electrónicos, es cierto. Pero somos, en cierta medida, el reflejo EXACTO de nosotros mismos, en el mundo real de donde hemos sido extraídos temporalmente. De nosotros depende que este mundo sea auténtico para siempre.

—¿Qué estás diciendo? —susurró, horrorizado—, Cuando ellos detengan su experimento..., todo esto que dará borrado. Dejará de existir. Es sólo algo imaginado por una computadora, no lo olvides.

—La computadora nunca se agotaría, si fuera preciso. Posee fuentes energéticas propias que durarían mucho más que cualquier vida humana. Steve, imagina... imagina que yo, desde ESTE MUNDO IMITADO..., logro controlar al otro, al verdadero. Obtengo sus secretos *reales*, los utilizo contra ellos desde aquí... y consigo, con ello, aniquilar TAMBIÉN a ese mundo que permanece en su dimensión real y corpórea. O, cuando menos, someterlo a mi voluntad.

—Es un sueño imposible... por fortuna para el mundo —susurré, con angustia. Luego, de súbito, miré a Betty Doyle y un repentino temor me asaltó—. Betty,

hablas... hablas como si, realmente, allá, en el mundo auténtico de donde me has extraído, aún no sé cómo..., tú fueses *también* una espía, un enemigo del país...

—Sí, Steve —afirmó ella fríamente—. Soy una espía. Lo soy también allí, aunque nadie lo sospeche. Ese estúpido experimento estuvo a punto de delatarnos... A veces, las máquinas son más inteligentes que los hombres, y esa computadora creó una situación demasiado real.

—Y ahora tratas de servir realmente a tus amos y señores...

—Quizá lo que hago es tratar de servirme a mí misma. No trabajo para un país determinado, sino para una sociedad secreta, una organización internacional poderosa y rica, que compra y vende secretos militares y científicos, ¿vas comprendiendo? De modo que ahora tengo mi mejor ocasión de servirme a mí misma, sin servirles a ellos. Si alcanzo lo que he soñado, sí esta computadora me ayuda, y logro el tránsito de un mundo a otro, mezclo lo auténtico y lo imaginario..., puedo ser, realmente, dueña del mundo o poco menos.

—Quizá aquí puedas serlo —admití—. Pero nunca en la realidad, en el mundo al que pertenecemos ambos... Es un

imposible, una locura.

—Eso… ya lo veremos —dijo ella fríamente—. Lo veremos, Steve. Tendrás pronto una respuesta que va a asombrarte…

Y lo dijo con tal seguridad en sí misma, que sentí verdadero terror, sin saber la causa exacta.

CAPITULO III

NO encontramos a Bárbara. Ni viva, ni muerta.

Betty insistió en su búsqueda, pero parecía totalmente en vano. No estaba por parte alguna de la Base.

Muchos eran ya cadáveres. Sólo el profesor Bryand, el comandante Cordell y el capitán Hawks estaban con vida, así como un par de jóvenes azafatas de los Servicios Auxiliares.

—Tenemos un embrión de futura humanidad —dijo irónicamente Betty—. Hombres y mujeres, Steve. La extinción humana se ha evitado.

Su comentario me pareció cínico y cruel. Pero me hizo pensar en algo:

—Bárbara no aparece. Y ella es mi esposa...

—Quizá haya muerto, después de todo —se encogió de hombros, con una maliciosa sonrisa—. De todos modos, me tienes a mí. No me importará ser tu compañera...

—A mí, sí. Es a Bárbara a quien amo.

—Somos iguales.

—Físicamente tan sólo. Nunca vi dos hermanas tan diferentes —repliqué con acritud.

—No me importa lo que digas —se encogió de hombros, mientras recorríamos la Base, entre cadáveres—. Terminarás por pedirme que sea tu compañera. El instinto supera todo lo demás. Da tiempo al tiempo, Steve...

Temí que fuera cierto. No podía olvidar que, en mi anterior experiencia, cuando este experimento fue controlado oficialmente, yo llegaba a convertirme en una auténtica fiera acosada.

Ahora, en aquella nueva incursión al mundo imaginado de lo electrónico, todo podía suceder. Especialmente, si era la propia

Betty Doyle quien manejaba la experiencia y había programado la computadora.

Una maquina podía crear un mundo irreal, absurdo, grotesco y terrible a la vez. Pero Betty parecía segura de que en él estaba la clave de su posible éxito en el otro mundo del que procedíamos. Y empezaba a temer que tenía algún secreto, algún triunfo oculto, capaz de darle esa dantesca posibilidad.

Me sorprendió ver a Bryand, a Cordell y a Hawks convertidos en auténticos peleles inanimados, como si se movieran bajo los efectos de un estado hipnótico. Ella me aclaró eso, camino de las dependencias del Estado Mayor de la Base:

—Cuando vi que sobrevivíamos, utilicé una droga de los científicos… Adormece temporalmente la voluntad. Y quita peligrosidad a las personas. Harán lo que yo diga.

—¿Por qué no la usaste también conmigo? —pregunté.

—Porque te necesito con voluntad, con agilidad mental —me replicó—. Y porque me gusta llevar a mi lado a alguien consciente.

—Yo también puedo ser peligroso. —Ya lo sé. Pero te dije que no me preocupabas ni tú ni los demás. Si algo me obligase a ello, podría aniquilaros a todos inmediatamente. Me bastaría con enviar un impulso electromagnético contra vosotros. Destrozaría y disolvería vuestros propios impulsos, y os haría desaparecer del mundo electrónico en que os movéis. Sólo me quedaría yo…, porque he alterado la composición de mis propios impulsos vitales.

Era diabólicamente astuta. Su experiencia en electrónica, junto a Bryand, la había hecho realmente temible en ese terreno. Y estábamos justamente en el suyo, sin evasión posible.

—¿Qué piensas hacer ahora? —quise saber, al verla entrar en Estado Mayor.

—Comenzar mi tarea por aquí. Los secretos máximos de este lugar pueden tener su valor. Y es el momento de conocerlos todos.

—Si, realmente, es posible obtener esos secretos aquí, en el mundo electrónico, ¿no es posible que alguien detenga la experiencia allá, en el verdadero, para evitar el conocimiento de ellos?

—No, no es posible —rechazó ella vivamente. Me miró con expresión enigmática y habló luego con frialdad—: Hay algo que no entiendes, Steve. Y voy a explicártelo. Hay personas que están

controlando ahora este experimento, cierto. Personas que cuidan de la computadora donde esto que sucede se hace posible… Pero esas personas son todas leales a mí.

—¿Qué quieres decir? —me inquieté.

—Steve, no soy tan tonta para trabajar sola en algo tan grande… He organizado mi propio grupo. Me son leales, trabajan para mí secretamente, y se han infiltrado en la Base sin ser advertidos, durante la noche. Ahora ocupan el edificio de las computadoras. Nadie ha advertido nada. Y ellos manejan las máquinas. ¿Vas comprendiendo?

Asentí. Sí. Iba comprendiendo. En realidad, la situación empezaba a estar en manos de la hermosa mujer espía. Aquí, en el mundo fingido de lo irreal…, y también en el otro mundo, el de las formas tangibles y corpóreas, donde los seres humanos eran algo más que simples impulsos electrónicos moviéndose en una falsa existencia.

* * * *

Fue una experiencia imborrable.

Me pregunté muchas veces, durante el viaje, si estaba viviendo una realidad o una pesadilla, si cuanto veían mis ojos podía ser obra de una computadora o de un ser diabólico, de poderes extraños e increíbles…

El helicóptero de las Fuerzas Aéreas de Estados Unidos sobrevoló las poblaciones de Nevada situadas más allá del desierto, y las escenas desfilaron ante mis ojos con todo su incalculable horror. Como si fueran auténticas en sus más mínimos detalles. Costaba trabajo imaginarse que aquello fuera imitado, reproducido de la realidad…

Las Vegas, Reno, poblaciones mineras… Todo ello ofrecía un mismo y dantesco aspecto. Cadáveres, silencio, el aire agitando ropas, papeles, recorriendo calles desiertas y sin ruido, un mundo de muertos, de mutismo, de abandono total.

La Muerte era el único habitante del planeta. Resultaba fácil imaginar lo que serian las grandes capitales del mundo. Muchos habían muerto en sus casas, pero otros salieron a morir a la calle. O fueron sorprendidos en ellas por el gas mortal.

Ahora, el índice letal era nulo. El gas se diluía. El experimento había resultado…, pero demasiado tarde. No habían podido salvar

al mundo.

Me maldije a mí mismo por creer en todo ello tan profundamente como si lo estuviera viviendo. Aquello no estaba sucediendo. No había sucedido jamás. El mundo seguía lleno de vida, ajeno a todo este delirante juego de imaginación y mecanismo.

¿O tal vez no?

—Dios mío, es horrible —gemí, cerrando mis ojos, no mirando siquiera abajo, a pies del helicóptero, que, conducido por mis propias manos, bajo el control de mi inseparable vigilante, Betty Doyle, regresaba ahora a la base de las pruebas secretas—. Empiezo a perder la noción de lo auténtico y de lo fingido...

Betty me miró burlonamente, sin decir nada. Regresamos a la base en poco tiempo. Apenas nos posamos en tierra, ella me expuso sus ideas inmediatas:

—Iremos próximamente a Washington. Y a Europa. Supongo que sabrás manejar un avión de la Fuerza Aérea...

—*Sí,* sé hacerlo —admití—. ¿Vas a empezar la caza de documentos secretos?

—Exacto —suspiró—. Quiero disponer cuanto antes de todo lo necesario. Esa gente se quedará aquí, al cuidado de la base. Me refiero a Cordell, a Hawks y a las chicas:..

—¿Y... Bárbara? —insistí en mi pregunta con voz tensa.

—Sé tanto como tú —se encogió de hombros—. Si no está entre los muertos, es de suponer que esté viva, oculta en alguna parte... Ella no me preocupa. Es inofensiva por completo. Pero encargaremos su búsqueda a los demás. Tú, ven conmigo. Hemos de preparar los planes para ese primer vuelo.

La seguí. Dócil, vencido. Humillado y sin rebeldía posible. Pero interiormente, estaba pensando en hacer algo, en luchar de algún modo contra ella. Y Betty lo debía saber. No se fiaba de mí.

Pero, de todos modos, carecía de medios para vencerla en su propio terreno. Ella y su gente dominaban la computadora. Quizá varios de nosotros estábamos en suspensión animada, allá en nuestro mundo, mientras nuestras mentes se movían por este plano inmaterial, que tan real me parecía ahora. Y todos, absolutamente todos los sometidos a la prueba, corríamos peligro mortal, ya que ella era capaz de lograr que quien hallara la muerte en el mundo

imaginario de los electrones, moriría de igual modo en su dimensión real.

Recordé a Howard Sanders, destruido por la misma arma que él me proporcionara en la experiencia anterior, y sentí un odio infinito hacia Betty Doyle, por haber aniquilado a mi buen amigo y compañero.

Pero, por el momento, debía guardarme mi odio y seguir obedeciendo y ayudando a Betty en su loca idea de poder y dominio sobre los demás. No tenía otra alternativa, desgraciadamente para el mundo y para mí.



Ya estaba todo a punto.

El avión, un potente y ligero reactor de las Fuerzas Aéreas de Estados Unidos, esperaba el momento de despegar, con abundante combustible, cuando menos, para un largo vuelo hasta un aeródromo donde repostar. Todo tendríamos que hacérnoslo nosotros. No había nadie en el mundo capaz de ayudarnos.

Sentía una extraña y morbosa curiosidad. ¿Sería TODO el planeta exactamente igual a como era en la realidad? Ciudades, mares, pueblos, campos, continentes enteros... ¿Se podía REPETIR, reproducir electrónicamente, en una computadora, la totalidad de un complejo planeta, detalle a detalle? Y su cielo, sus estrellas, su extensión toda, los millones de cadáveres de una humanidad aniquilada...

Quizá nuestro cerebro era la clave de esa fidelidad en la reproducción. Del modo que fuese, era como vivir una pesadilla, un sueño dantesco, en un universo sin formas ni materia. Pero jamás un sueño había sido tan real ni tan terrible.

—Vamos ya —dijo Betty, con voz firme—. Debemos encontrar esos documentos cuanto antes. En marcha, Steve. Sube al avión.

Eché a andar hacia el reactor. Había empezado a perder la noción de tiempo. No sabía si llevaba horas, días o meses enteros en esta OTRA dimensión de los impulsos electrónicos... De súbito, la vi. Era ella. ¡Bárbara!

Mi esposa... Mi esposa en aquel mundo, cuando menos.

Me controlé del mejor modo posible. Había aparecido súbitamente, como materializándose en la nada, tras el hangar más próximo al reactor a punto de partir. La miré un instante, de modo

fugaz. Procuré que su hermana no advirtiera nada.

Bárbara me hacía señas. Unos gestos singulares, mientras se ocultaba pegada al muro del hangar. Me sorprendió su uniforme: naranja, con breve falda sobre sus bien torneadas piernas...

Como en el otro mundo, durante la Experiencia X. —Un momento —dije a Betty Doyle, procurando mostrar naturalidad en mi voz—. Voy a cambiar mi casco por otro. Este no ajusta bien.

—Date prisa, Steve —me apremió ella, sin sospechar nada—. No quiero perder más tiempo.

Asentí, y alcancé el hangar, donde había hileras de cascos y uniformes de vuelo supersónico, pero no entré en él. Lo rodeé, encontrándome con Bárbara al girar la esquina.

—¡Querida! —susurré—. ¡Estás con vida! Bárbara, yo...

—¡Calla! —susurró—. No hay tiempo que perder. No hablemos de nada, Steve. No ahora. Tenemos el tiempo justo. Dios nos ayude.

—El tiempo justo... ¿para qué? Voy a partir hacia Washington. Tu hermana tiene planes terribles, y yo debo...

—No sigas. Lo sé todo. Por eso estoy aquí. Toma, ' Steve. Es todo lo que pude obtener. Que ella no lo vea. Me puso algo en la mano, como Sanders en la otra parte de la terrible experiencia en la dimensión electrónica. Cerré los dedos sin preguntar. Miré a Bárbara con ternura. Tan idéntica a Betty... y tan distinta. Había calor humano en sus ojos, pasión en su boca, en su cuerpo...

—No hay tiempo para explicaciones, Steve —musitó—. Después las habrá..., si es que existe un después. No entenderías ahora. Ve con mi hermana. Pero utiliza eso antes de que sea demasiado tarde. En... en la otra dimensión, en el mundo real, sospechan algo. Hay peligro. Para ti y para todos. Pronto, Steve. No dudes en utilizarlo. Es terrible, pero... no hay otro remedio. —¿Cómo sabré hacerlo? —indagué. —¡Steve, vamos ya! —oí gritar la voz de Betty Doyle, allá al pie del reactor.

—Sí, ya voy —respondí. Y murmuré en voz baja, mirando a Bárbara—: Dime, ¿cómo debo manejarlo?

—Bastará con romperlo en tus manos. Es quebradizo. Aprieta y rómpelo. Antes de que el avión arranque. Es suficiente. No te sucederá nada..., o al menos, eso espero y pido a Dios. De todos modos, si ocurre lo peor, será para todos nosotros, incluida mi hermana. —Es suficiente. Lo haré, Bárbara. Hasta pronto. —Hasta

pronto… o adiós, Steve —nos besamos. Al separarnos, ella susurró —: Me haría tan feliz que esto nuestro… se repitiera en un mundo no simulado…

Corrí al avión. Betty me hizo gestos de apremio. Comenzó a subir ella. Yo llegué al pie de la escalerilla de la carlinga del piloto. Oprimía en mi mano aquel objeto desconocido, quizá terrible…

Comencé a subir con rapidez. Llegué arriba. Me detuve a la entrada de la cabina. Miré a Betty Doyle.

Ella se impacientó:

—Vamos, Steve, partamos ya. Eh, un momento… ¿Qué llevas ahí, en esa mano? ¡No, Steve, no!…

Gritó. Gritó terriblemente al ver lo que llevaba en mis manos. Trató de saltar hacia mí, de hacer algo, de arrebatármelo quizá.

No le di tiempo de hacer nada de eso. Había medido mis posibilidades. Actué como me lo había indicado Bárbara.

Aquella especie de oscura pastilla que llevaba en mi mano fue triturada por mis dedos.

Sentí una sacudida brutal, como una descarga eléctrica. Un centelleo azul, violentísimo y cegador, inundó la carlinga del reactor. Betty gritó horriblemente, y la vi desaparecer en medio de los chispazos.

Yo mismo me sentí golpeado, aturdido, y me sumergí en una oscuridad total y profunda, como si cayera a un pozo insondable, en cuyo final estuviera la muerte…

CAPITULO IV

LA muerte.

¿Era aquello la muerte? ¿O el mismo mundo artificial, creado electrónicamente? ¿O quizá el mundo verdadero, al que había regresado por arte de magia, como en los viejos cuentos de hadas?

Miré a mi alrededor. Aturdido aún, sintiendo dolorido todo mi cuerpo, sacudido por un hormigueo doloroso mi cráneo...

La cápsula de vidrio. Y yo dentro. Tendido, con los electrodos aplicados por doquier. Como la vez anterior. Me estremecí, con un suspiro.

—Steve...

Abrí los ojos. Miré.

—¡Bárbara! —susurré con voz esperanzada, trémula—. Bárbara, tú...

Era ella. Con sus ojos luminosos, con su sonrisa tierna, con aquel calor en sus labios, en las palpitaciones de sus pecho. Vestida de naranja, con la breve falda subida sobre sus muslos.

Estaba erguida, dentro de una especie de sarcófago o caja metálica. Con electrodos sobre su cabeza y cuerpo, lo mismo que yo. A su lado, el profesor Bryand, con gesto entre grave y sonriente...

—Lo logró —dijo, con tono satisfecho—. Lo logró, querida... Hemos logrado salvar a Farr. Y también al mundo...

—Yo..., el mundo... —susurré—. No entiendo, profesor. No entiendo nada. Pero sólo confío en que esta vez..., el regreso de aquel otro mundo ficticio sea definitivo...

—¿Definitivo? —suspiró él, inclinándose sobre la computadora. Presionó una tecla—. Mire esto, Farr. Es la mejor prueba de que jamás volverá allá... ni habrá otro mundo imaginario que

reproduzca el nuestro...

—¿Qué hace?

—Borrarlo. Definitivamente. Quito de la memoria de la máquina todos los datos almacenados. Y la programo para que se niegue absolutamente a repetir la experiencia... ¿Complacido?

—Sí, gracias —susurré, cerrando los ojos con amargura—. Ahora, todo se quedó allí, en la nada, donde siempre estuvo...

—Solamente alguien que estuvo en la vida real se ha perdido para siempre, junto con el mundo electrónico, Steve —murmuró, con tristeza, Bárbara.

Creí entenderla. Me erguí ligeramente, mientras Bryand abría el receptáculo para extraerme de él.

—¿Betty? —murmuré.

Ella me miró. Negó con la cabeza.

—Mi hermana, Steve. Bárbara Doyle...

—¿Qué? —se me erizaron los cabellos—. ¡Tú eres Bárbara!

—No, Steve. Ella te engañó en ese falso mundo simulado. Nunca fui Bárbara..., sino Betty Doyle. Bárbara era la espía. ¿Lo entiendes ahora? La chica que viste en la cafetería, la que conociste el día de tu título... era Bárbara. Siempre buena actriz. Risueña, amable, cordial... Ella era la traidora en la base... Yo, Betty..., fui la que te abofeteó por golpearme la nalga, ¿recuerdas? Pero yo... yo era la Bárbara de tu viaje a ese otro mundo que no existía... Yo la que fue tu esposa allí, sin intentar sacarte de tu equívoco sobre mi nombre...

La miré. Y esta vez sí que no supe qué decir ni qué pensar. Había sido el último golpe, sobre un cerebro cansado de luchar y de pensar.

* * * *

—Bárbara Doyle era la traidora...

—Sí, Steve —afirmó despacio el comandante Cordell, que aún parecía aturdido de su viaje al mundo electrónico, como víctima de la espía, metido igual que yo en una cápsula de material vidrioso—. Ella era la que traicionaba a su país, la que fingía llamarse Betty, mientras estaba en ese otro mundo horrible que se nos ocurrió crear... Sospechábamos de alguien, y queríamos que se delatase a través de esos viajes a un mundo imaginario, pero la prueba estuvo a punto de fracasar y convertirse en nuestra ruina definitiva. Porque al ser ambas idénticas, ella adoptó la personalidad de su hermana,

para acusar en todo a Betty, y liberar a Bárbara de sospechas...

—Y la auténtica Bárbara nos secuestró a todos durante la madrugada, repitiendo por sí misma el experimento...

—Eso es. No le hubiera sido posible sin ayuda. Pero tenía gente leal que colaboró con ella, agentes infiltrados aquí secretamente... Sí, Steve. Todo lo tenía medido. Ella era también un genio de la electrónica. Logró pasar la barrera de un mundo a otro, sin necesidad de situar su cuerpo en suspensión animada. Es decir, había conseguido, secretamente, el medio de CONVERTIR SU CUERPO TODO en impulsos electrónicos, y pasaba sin transición del mundo real al ficticio. "Por eso, cuando la auténtica Betty comprendió el peligro terrible que usted corría, se apresuró a pasar ella por el medio convencional a ese mundo falso... con un aparato capaz de destruir los impulsos electrónicos, alterando la estructura de los electrones. Eso aniquiló a Bárbara Doyle... convertida ahora en impulsos perdidos para siempre en una dimensión que no existe, más allá de todo lo material y lo conocido...

—Un terrible final. Pero ella planeaba algo mucho peor para todos...

—Y lo malo es que podía conseguirlo. Ya había logrado incluso falsear seres humanos en forma electrónica. Por ejemplo, Bryand y Sanders NO ESTABAN realmente allí en su segunda experiencia, Steve. Los reprodujo físicamente en el mundo electrónico, gracias a sus hallazgos en ese campo.

—De modo que por eso Bryand logró engañar a los agentes de Betty..., y la introdujo en el mundo electrónico...

—Exactamente. Del mismo modo, Steve, su amigo Sanders, por fortuna, jamás fue desintegrado por Bárbara Doyle, sino que podrá encontrarlo sano y salvo en su alojamiento, descansando bien ajeno a lo que le sucedía a su "doble" electrónico en ese otro universo inmaterial de los impulsos electrónicos...

—Dios sea loado —murmuré, estremeciéndome—. Nunca olvidaré esa horrenda experiencia.

—No, ni yo tampoco —suspiró el comandante Cordell—. Creo que ya no intervendré jamás en nuevas pruebas con lo desconocido... Bien, Steve, amigo mío, y ahora..., ¿qué piensa hacer usted con Betty Doyle? Ella no es tan mala chica como había imaginado... ni mucho menos. Algo más seria que Bárbara en

apariencia... pero mucho más humana y leal que ella.

—Si al menos supiera que sus sentimientos por mí son iguales que allá, en el mundo que nunca existió...

—Oh, muchacho. Sólo conozco un medio de saber cosas así.

—¿Sí, señor? ¿Cuál es?

—Preguntárselo a ella misma, naturalmente —rió Cordell de buena gana.

—Sí, señor, muy cierto —asentí, poniéndome en pie—. Creo que eso es lo que voy a hacer ahora mismo.

Y corrí en busca de Betty Doyle. De la verdadera Betty Doyle, a quien yo llegué a amar bajo otro nombre..., y en otra dimensión que ya nunca existiría, para bien de la Humanidad.

FIN